

---

# LA VIDA ESPIRITUAL Y TRES IMÁGENES SUYAS EN ANTONIO MACHADO [ II ]

Domingo Melero

## INTRODUCCIÓN

### I. CAMINAR SOBRE EL MAR

#### *A. En torno a la fuente principal de esta imagen*

1. Imagen universal y particular – 2. Imagen coral y presupuestos metafísicos de la misma según Machado – 3. Una fuente evangélica en Machado. Posible extrañeza – 4. Machado y la Biblia – 5. La Biblia, fuente cultural común según Rafael Sánchez Ferlosio.

– 6. Seis apuntes sobre la libertad ideológica de Machado: (a) Sobre el catolicismo (1933-34); (b) Sobre el “98” y los dos flancos de la censura (1937); (c) «Nada hay más temible...» (1936); (d) «y, si el Cristo vuelve...» (1938); (e) De una carta a Unamuno (1913); (f) Sobre un libro de Unamuno (1913). – 7. La casa de Machado en Segovia

#### *B. Elementos de la imagen de caminar sobre el mar*

8. La imagen del camino y del mar, y la referencia a Jesús – 9. Los pasajes evangélicos. Interpretación y enseñanzas: (g) La pesca milagrosa y la vocación de los primeros discípulos; (h) La tempestad calmada; (i) El hombre Jesús camina sobre las aguas; (j) Significado de la escena: original y machadiano; (k) El mar, la mejor cátedra.

– 10. Elementos del “camino” y del “mar” en Machado: (l) Tres tipos de camino; (ll) Camino y mar; (m) Orientación y perdición; (n) El no saber y el afirmar: - (i) Escuchar «consejo que es confesión» - (ii) Pensar algo y su contrario - (iii) La «creación apasionada» y lo impuro necesario - (iv) «Dar tiempo al tiempo» - (v) «Aprende a dudar».

### II. «MORIR. ¿CAER COMO GOTA / DE MAR EN EL MAR INMENSO / O SER LO QUE NUNCA HE SIDO: / UNO SIN SOMBRA...?»

1. Transición – 2. Los dos primeros poemas – 3. Simbolismo acumulado en estos dos poemas – 4. El paso a una nueva posibilidad – 5. La nueva posibilidad – 6. La figura de Giner de los Ríos – 7. Unos versos de 1926 – 8. El valor exhortativo de lo indicativo – 9. «Que el puro río de caridad que fluye eternamente...» – 10. Algunas opiniones sobre la imagen de la gota y el mar.

### III. DOS IMÁGENES DE JESÚS Y DE DIOS EN MACHADO

1. Dos imágenes contrapuestas de Jesús – 2. Más allá de la contraposición de las dos imágenes – 3. Dos versiones de la «divinidad» de Jesús – 4. Dos interpretaciones de la «existencia» de Dios – 5. Dios y el hombre “inexistentes”.

#### AL TÉRMINO DE ESTE ESTUDIO

## INTRODUCCIÓN

Los hombres necesitamos de las imágenes para pensar. Las representaciones fijan y refuerzan las ideas igual como las narraciones ejemplifican y hacen inteligibles los textos teóricos. Lo universal se da en lo particular y por eso las imágenes y las historias son importantes en la transmisión de la vida propiamente humana o espiritual. Esta relación entre la imagen y la idea, y entre lo concreto y lo universal, explica lo inestimable que es frecuentar la obra de un poeta y pensador como Machado, de quien nos hemos propuesto estudiar, en este ensayo, tres figuras de la vida espiritual, es decir, tres dibujos del hombre en camino de ser él mismo o en busca de su humanidad.

En la primera parte de este estudio <sup>(1)</sup>, empezamos por desarrollar algunas ideas sobre la «vida espiritual» y luego pasamos a presentar las dos primeras figuras del hombre camino de ser él mismo. La primera fue la del hombre de valor y sus variantes (el guerrero, el hombre animoso y de recursos, el hombre bueno «en el buen sentido de la palabra», el sabio y, por último, el testigo) pues Machado fue muy sensible al coraje y al valor y sus formas, así como a sus contrarios. La segunda figura fue la del vigía y la del centinela, cuya quietud es vigilante y alerta porque no duerme ni sueña sino que mira y escucha «a orillas del gran silencio».

---

<sup>1</sup> *Cuaderno de la diáspora* 25 (en adelante: *CD*), Madrid, AML, 2014, p. 157-184.

En esta segunda parte, hablaremos de la tercera figura del hombre en camino de ser él mismo: la figura del hombre que camina en el mar. Hablaremos de las fuentes de esta imagen y de las variantes simbólicas del camino y del mar. En cuanto a las fuentes, adelantemos que, aunque las imágenes son universales, siempre provienen de alguna tradición. El «ser de valor» en Machado provenía de varias tradiciones, mientras que las figuras del vigía y del centinela provenían, en Machado, sobre todo del «¡velad!», del «estad alerta», del «no durmáis» de los evangelios, donde tanto el vigía como el centinela se debían a una doble expectativa: tanto la llegada de lo valioso (el esposo, la aurora, el nuevo día, el descubrimiento del término del viaje) como la llegada de lo adverso. Pues bien, la figura del hombre caminando sobre el mar proviene también de un pasaje evangélico; en concreto, de un hecho milagroso o, si se quiere, extraordinario. Por ser de nuevo ésta su fuente (la más explícita, en todo caso) y por no haberlo hecho antes, hablaremos también de Machado y de su relación con el cristianismo y, en concreto, con el catolicismo.

La figura del hombre que camina sobre el mar nos llevará, después, a fijarnos en cuatro poemas de Machado en los que éste incluyó la conocida imagen de la «gota de mar en el mar inmenso». Nuestra idea es que Machado, en el tercero de estos cuatro poemas, fue más allá de la imagen de la gota y se liberó de su interpretación dominante, con su sentimiento adherido de angustia y de temor; y ello fue, en parte, gracias a la imagen del hombre que camina sobre el mar, que le ayudó a descubrir algo *en acto* dentro del ser humano. Para terminar, nos fijaremos en la contraposición entre el «Jesús del madero» y «el que anduvo en el mar». Esto nos llevará a hablar, brevemente, de lo que Machado dijo de la divinidad de Jesús, así como de Dios mismo, temas que, por su complejidad y profundidad, tan sólo apuntaremos (?).

---

<sup>2</sup> Ver algunos puntos en: «A pocos pocos. En recuerdo de Antoni Pascual», *CD 14* (2002), p. 189-200 y 210-241; y en: «Reflexiones sobre *Llegar a ser uno mismo*», en Marcel LÉGAUT, *Llegar a ser uno mismo*, Madrid, AML, 2012, p. 232-33.

## I. CAMINAR SOBRE EL MAR

### A. EN TORNO A LA FUENTE PRINCIPAL DE ESTA IMAGEN

#### *I. Imagen universal y particular*

Sin conocer su origen, gente de todo tipo reconoce, en nuestro ámbito lingüístico, los versos famosos:

Todo pasa y todo queda / pero lo nuestro es pasar, / pasar haciendo caminos, / caminos sobre la mar. (CXXXVI, xlv)

El poemita es de 1906-1907 y pertenece a los primeros «Proverbios y Cantares» que Machado publicó en 1912. Sin embargo, muchos ni conocen quién fue su autor ni identifican el poema como tal pues, para ellos, es parte de la letra de una canción pegadiza de Serrat, compuesta allá por los años 60 del siglo pasado. Con más razón todavía la mayor parte de la gente no cae en la cuenta de que el primer poema en que aparece la imagen de caminar sobre el mar alude a una escena de los evangelios:

¿Para qué llamar caminos / a los surcos del azar?... / Todo el que camina anda, / como Jesús, sobre el mar. (CXXXVI, ii)

Machado, en cambio, comprendió el potencial de la imagen de caminar sobre el mar gracias a fijarse en el *valor simbólico* de la escena evangélica; valor que –notemos– sólo pudo descubrir por no otorgar un valor literal e histórico al pasaje y por considerar a Jesús no como un Dios descendido a la tierra (a la manera de los dioses homéricos o romanos) sino como el (o un) paradigma de lo humano. Machado, cuya calidad reflexiva se impone junto con su calidad poética a poco que lo leamos, no partió de creer que Jesús había caminado literalmente sobre las aguas sino de creer (y pensar) que la vida de Jesús y su efecto en sus discípulos (el nacimiento de la fe al paso del «sembrador») fue un milagro como lo es caminar un hombre sobre las aguas.

Así pues, los tres versos de «pero lo nuestro es pasar, / pasar haciendo caminos, / *caminos sobre la mar*» (que son de los más macha-

dianos) no podemos negar que proceden de una fuente particular (los evangelios) que debemos ubicar en el último tercio del siglo I dC., esto es, después de Séneca y de Pablo. Y concluyamos además, según lo apuntado en el párrafo anterior, que si Machado sacó partido de esta fuente fue porque no la leyó de una forma doctrinal y religiosa (es decir, en el marco de una adhesión global a un sistema de creencias) sino de una forma poética y básicamente humana, como un elemento importante más, dentro del hilo de nuestra tradición, que es griega, romana, judía y cristiana, todo junto.

## 2. *Imagen coral y presupuestos metafísicos de la misma...*

Una imagen universal es un buen motivo para un canto coral en el que todas las voces se suman en una armonía (o unidad) en la que, sin embargo, cada miembro es solista. No en vano la condición humana es a un tiempo singular y plural, y el “ser hombre” existe a un tiempo en el ser de cada hombre y en el ser de todos los hombres de ese momento. En 1934, Machado, en un apunte “Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia”, que ocupa tres páginas y que es de gran riqueza, se pregunta: «¿Cabe una *comunidad cordial* entre los hombres, que nos permita cantar en *coro*, animados de un *mismo sentir?*» (3). La respuesta es el «pero *lo nuestro* es pasar» que ya hemos visto y que Machado mismo glosa, por así decir, en otro poema:

*Cantad conmigo en coro: Saber nada sabemos, / de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos... / Y entre los dos misterios está el enigma grave; / tres arcas encierra una desconocida llave. / La luz nada ilumina y el sabio nada enseña. / ¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña? (4)*

Ahora bien, Machado, en el mismo apunte de 1934, además de enunciar un sentir común, basado en nuestra condición común de

<sup>3</sup> Antonio MACHADO, *Poesías y Prosas Completas* (en adelante, PPC), Madrid, Espasa Calpe, 1989, p. 1805. La misma riqueza tiene otro apunte suyo, de 1938: «Lo que recuerdo yo de Pablo Iglesias» (PPC, p. 2478-2481).

<sup>4</sup> CXXXVI, xv. Citado ya en: CD 25, 2013, p. 157.

navegar entre dos eternidades («pero lo *nuestro* es pasar»), enuncia los *implícitos metafísicos* de lo coral:

... Con esta pregunta se inicia –según Juan de Mairena– el problema de una lírica comunista. *Para resolverlo es preciso buscar un fundamento metafísico en que esta lírica se asiente*, una creencia filosófica, ya que una fe religiosa parece cosa difícil en nuestro tiempo. Sería necesario *creer*, 1º) Que existe un prójimo, una pluralidad de espíritus, otras puras intimidades semejantes a la nuestra; 2º) Que estos espíritus no son mónadas cerradas, incomunicables y autosuficientes, múltiples soledades, que se cantan y escuchan a sí mismas; 3º) *Que existe una realidad espiritual, trascendente a las almas individuales, en la cual éstas pudieran comulgar.*

Machado intuye (no olvidemos que está para cumplir sesenta años) que el fundamento último de una relación *amistosa* entre los hombres (los cuales, sin ella, se devorarían) tiene que ser: «una realidad espiritual, *trascendente* a las almas individuales, en la cual éstas *pudieran* comulgar». No está lejos esto de Machado de la afirmación de Bofill, acerca de Dios, que citamos en la primera parte de este ensayo:

[Dios es] el fundamento último del acto intencional (cognoscitivo o volitivo) en virtud del cual un “inteligible en acto” se sostiene frente a nuestro mirar atento, el cual, sin el apoyo del “absolutamente necesario”, o sería simplemente subjetivo y pasional o acabaría socavado por el escepticismo. (5)

Ni tampoco está lejos (esto de Machado acerca de «una creencia filosófica», distinta de una «fe religiosa») de la “fe” tal como la entiende Légaut, es decir, como la actitud fundamental del hombre ante la vida; actitud cuyo contrario no es la increencia sino el temor y que no consiste en la adhesión a un sistema de creencias pero sí que se expresa, a la hora de una reflexión sobre su fundamento y contando con la diferencia entre sujeto y objeto, como un creer algo (tres cosas, en este caso) pero empleando el verbo “ser” y “existir” de una forma cuyo paradigma no es, ni mucho menos, el de la existencia física (como ya veremos). Recordemos tan sólo esto, por ahora:

---

<sup>5</sup> Ver: *Loc. cit.*, p. 164.

Un Dios existente –decía mi maestro– sería algo terrible. ¡Que Dios nos libre de él! (6)

### 3. *Una fuente evangélica en Machado. Posible extrañeza*

El hecho de que provenga de los Evangelios una figura tan de Machado como la del hombre caminando sobre el mar puede chocar en el clima cultural de nuestro país, aún tan marcado por las «dos Españas». Quien acabó siendo el santo laico de la República, ¿cómo pudo inspirarse en un pasaje milagroso si su fama, ya en el período de 1906 a 1912, era de ser masón y de no pisar la iglesia, y por eso extrañó en Soria su boda católica con Leonor, en 1909? Dado este clima cultural escindido, también puede extrañar a algunos que después, durante el período de Segovia, Machado leyese la Biblia y escribiese, acerca de Dios y de las creencias, importantes fragmentos del «Juan de Mairena» anterior y contemporáneo de una guerra incivil; guerra que los insurrectos consideraron una «cruzada» contra el ateísmo comunista, al tiempo que hubo defensores de la República que proclamaron combatir «contra Dios» por ser la religión el opio del pueblo. Probablemente fue por esto mismo por lo que, desde que se descubrió el hecho en 1975, tampoco supieran algunos encajar bien que la «Guiomar» a la que el poeta dedicó parte de sus poemas últimos no fuese pura invención sino el pseudónimo de una mujer real cuya ideología fue muy diferente de la del poeta.

Estos hechos, sin embargo, indican claramente dos cosas: primero, que Machado, como cualquier singular, desborda los clichés ideológicos binarios que muchos, de un signo o de otro, pretenden establecer; y, segundo, que las Escrituras “sagradas” para algunos (en este caso, la Biblia para judíos y cristianos) son, para alguien espiritualmente inquieto como lo fue Machado, documentos humanos de gran valor y objeto digno de consideración. Más allá del cuerpo de doctrina (moral y dogmática) que algunos extraen de ellas, es un empobre-

---

<sup>6</sup> PPC, 1913; *Juan de Mairena* (1934-36), i (en adelante: JM I, i).

cimiento general que esta fuente común se descarte porque unos se la apropian en exclusiva y porque otros, simétricamente, la dejan de lado. Por eso es una suerte que gente de la talla de Machado trascienda prejuicios y barreras e incluya las Escrituras, judías y cristianas, dentro del patrimonio común que consideró suyo.

#### *4. Machado y la Biblia*

La cultura occidental (y no sólo la española) no suele incluir la Biblia en su bagaje dado que es la «escritura sagrada» de muchos y dado que, además, la sociedad se ha emancipado con dificultad de la influencia política e ideológica de las Iglesias, cuyas instituciones se ingirieron, demasiado y más tiempo del comprensible, en lo que ahora consideramos ser un ámbito autónomo.

La ignorancia actual de la Biblia es resultado de esta no inclusión. La Biblia no entra en los programas oficiales de enseñanza (desde la primaria hasta la universitaria), incluidas las humanidades (filosofía, literatura, historia). Su conocimiento se deja a las Iglesias, las cuales, por su parte, no la enseñan con el nivel intelectual que debieran pues prefieren inculcar sus doctrinas morales y dogmáticas. Las Iglesias no enseñan a leer la Biblia como un texto venerable del pasado, digno de estudio junto con otros textos: las escrituras digamos profanas que son documentos también relevantes en una búsqueda espiritual común en la que las iglesias y las confesiones deberían colaborar.

Esta situación escindida de nuestra cultura tiene un trasfondo no aclarado. Prueba de ello es que, al tiempo que se dejan de lado las Escrituras religiosas de aquí, las Escrituras de las tradiciones religiosas de otros climas, religiones y civilizaciones (o las nuestras de aquí, ya muertas como las lenguas que las vehiculan), no sólo se leen en el ámbito de la cultura libre de la gente (ya sea que se busque sabiduría o seguridad) sino que se estudian en las universidades. Es como si, en este caso, no hubiese peligro de confusión pues se da por hecho que no cabe «creer» en ellas ni conformar la moral según sus directrices. Sin embargo, cabe que, al leer las «escrituras sagradas» de otras cultu-



ras (o de las ya muertas), se descuide el espíritu crítico y se ceda a la credulidad, inclinación que incluye la idealización de lo ajeno.

Al tiempo que, por ejemplo, la inmortalidad y en concreto el «alma» (cuya existencia es creencia de aquí, de origen platónico pero incluida en lo cristiano habitual) suscitan grandes reservas, no las suscitan elementos parecidos de otras civilizaciones (chacras, cuerpo astral, centros de energía, creencia en la reencarnación, etc.). De las Escrituras de aquí, sabemos (y padecemos) los sin sentidos y abusos que generó una lectura e interpretación supersticiosa y literal de las mismas, mientras que, en cambio, ignoramos los abusos y sin sentidos que la lectura e interpretación de las otras Escrituras probablemente generaron en sus lugares de origen. Porque, como convendremos, la tendencia a la idolatría y a la magia es común cuando los humanos buscamos seguridad en lugar de buscar sabiduría.

Por eso, la libertad y el interés no confesional de Machado por la Biblia es significativo. Igual que lo podría ser el de otros autores contemporáneos suyos como Unamuno, Rubén Darío o Valle Inclán, cuyo contrapunto, inmediatamente posterior y más laico y más ajeno a esta «fuente», fue tanto Juan Ramón Jiménez como algunos de la generación del 27, aunque no todos pues una excepción fue, sin duda, y muy interesante, García Lorca.

##### *5. La Biblia, fuente cultural común, según Sánchez Ferlosio*

Actualmente, el escritor y pensador que ha reivindicado la Biblia como *una fuente cultural esencial suya*, indispensable para entender nuestro entorno y nuestra tradición común, compleja y agitada, así como para entendernos a nosotros mismos dentro de dicha tradición (al menos hasta ahora), ha sido, casi como una excepción, Rafael Sánchez Ferlosio, quien siempre ha abordado este tema de un modo *público*, es decir, al margen de sus propias convicciones privadas. Dos textos suyos ayudan a esclarecer el uso de las Escrituras por parte de Machado.

La atribución de un objeto a una cultura y a unas gentes puede hacerse según el emisor o según el receptor, pues también quien recibe dicho objeto y lo hace suyo tiene que ver con él; tan sólo porque ha parecido más fácil mirar cómo tiene que ver con él el que lo da es por lo que ha prevalecido casi siempre la primera atribución. Mas no sería oportuno descuidar hechos tales como el de que las figuras del león y el elefante —animales africanos— hayan llegado a pertenecer a la más íntima cultura de cualquier niño europeo no menos de cuanto puedan pertenecer a ella las del zorro y el lobo —animales europeos. *La atribución al receptor confunde las demasiado fáciles y casi siempre falsas y baratas identidades que suelen formarse a partir de la atribución al emisor: la Biblia pertenece a Occidente tanto como Aristóteles al Islam. ¿Cómo podría ser «oriental» la Biblia, si es el árbol del centro del bosque a cuya sombra se ha criado el Occidente entero durante casi dos mil años? Recuerdo aquí estas obviedades tan sólo para encarecer hasta qué punto la historia de José (...) no sólo es una de las historias más antiguas en la historia pública de la cultura occidental, sino a menudo también la más remota en la historia personal de cada uno de sus miembros; juega así pues —por emplear los términos del biólogo, aunque sin más compromiso que el de una comparación formal—, tanto en la filogénesis como en la ontogénesis. Es para cualquier europeo lo menos exótico de este mundo, y, por supuesto, muchísimo menos que la *Chanson de Roland* para un francés de hoy o el *Cantar de Mío Cid* para un castellano de hoy, pues sería completamente artificioso conceder al Mío Cid, respecto de los castellanos de hoy, un lugar semejante al que cabe conceder a los poemas homéricos respecto de los helenos de mil años después de Homero: *la tradición no depende de un vínculo nominal, sino de un ejercicio cotidiano*, y los helenos no dejaron de ejercitarse en los poemas homéricos desde la escuela misma, cosa que no puede ciertamente decirse de los castellanos de hoy respecto del Mío Cid. El poema fue publicado por primera vez trescientos años después de la introducción de la imprenta en España, lo que demuestra sin más su carácter de reliquia, *y no de tradición*, al menos ya en la segunda mitad del siglo xv; en cuanto al personaje mismo, que halló más larga vida en los romances, también fue dejado atrás y convertido en arqueología hace tal vez unos doscientos años. Por el contrario, han de ser precisamente historias «orientales», como la de Abraham e Isaac, la de Jacob y Esaú, y sobre todo, por ser la más sugestiva, al parecer, para los oídos infantiles, la de José y sus hermanos, las que vengán verdaderamente a ocupar entre nosotros un *lugar semejante* al que ocupaban la *Ilíada* y la *Odisea* entre los helenos. Creo que, al menos hasta los hombres de mi edad, podrían contarse por millones los «occidentales» que reconocerían conmigo en esta dulce historia la primera narración que han*

conocido –hasta el punto de que el momento de su recepción yace olvidado en la niñez inmemorial–, y por lo tanto la historia por excelencia, el modelo o arquetipo común de todas ellas, o sea, la caja en que nos son entregadas todas las historias. (7)

El segundo texto es de unos veinte años después y es más beligerante por su contexto:

(Más sobre la tolerancia) Si con “toda opinión es respetable” sólo quiere decirse que no hay que echar las zarpas hacia la yugular de quien sustente lo que uno no tenga por plausible, entonces “vale”, como dicen hoy; pero si lo que implícitamente se propugna es que hay que comedirse en las palabras de la controversia, digo que ninguna opinión es respetable, que todas han de ser atacadas con toda la apasionada subjetividad que es propia del más libre y más genuino entendimiento. En esto es especialmente ofensiva la actitud de los cristianos, a quienes los resabios de una larga hegemonía les hacen pretender como legítima una asimétrica exigencia de respeto para sus creencias. ¡Qué usurpación más inaudita la de quienes habiendo proscrito y aun quemado durante siglos los libros de los impíos quieren ahora confiscarles virtualmente la Sagrada Biblia, reclamando para sí el monopolio del derecho a administrar en exclusiva su lectura y su interpretación! ¡La Biblia es mía y no dejaré que me usurpen el derecho de blasfemar del iracundo barbudo del Sinaí, la más terrible tempestad que jamás se precipitó sobre las pobres cabezas de los hombres, ni de invocar por mío, y tal como yo quiera, al niño de Belén o a Jesús de Nazaret! (8)

### 6. *Seis apuntes sobre la libertad ideológica de Machado*

Seis breves apuntes nos van a mostrar la independencia de Machado y lo certero de su actitud ante los temas religiosos. Algo que no fue fruto de un día pues son fragmentos que abarcan los treinta y dos años que median entre su primera publicación y su muerte (1907-1939).

---

<sup>7</sup> SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael, *Las semanas del jardín*, Madrid, Alianza, 1981 (1974), p. 286-288.

<sup>8</sup> SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael, *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, Barcelona, Destino, 1993, p. 140-141. Para hacerse una idea sobre lo que Ferlosio piensa del cristianismo, ver el apartado 8 de la tesis de Juan Antonio RUESCAS JUÁREZ, *R.S.F., pensador*, UNED, Fac. de Filosofía, 2014.

(a) *Sobre el catolicismo (1933-34)*

La palabra que más me *repugna* es: ‘catolicismo’, no por lo que significa, sino por el *repugnante* empleo que se hace de ella. (9)

Pese a lo fuerte del aserto, Machado matiza: si le repugna la palabra “catolicismo” no es «por lo que significa» sino por el «empleo que se hace de ella». Mantener la diferencia entre el significado y el uso de una palabra, o entre la idea y el grupo que la utiliza indica altura. Los usos indignos no concluyen sobre el error de los significados pero sí sobre la calidad de las personas y de los colectivos, cuya mediocridad acumulada (habitual en lo humano) empaña, y oculta incluso, dichos significados, a no ser que uno se mantenga crítico.

(b) *Sobre el “98” y los dos flancos de la censura (1937)*

Estos jóvenes –Mairena aludía a los que hoy llamamos veteranos del 98– son, acaso, la primera generación española que *no sestea ya a la sombra de la iglesia*, o si os place mejor, *a la sombra de la sombra* de la iglesia. (10)

Machado recuerda, en 1937, el juicio de Juan de Mairena, en 1909, sobre los escritores de la generación del 98. A través de Mairena, caracteriza a su generación y a sí mismo también con ella. El rasgo que escoge es la independencia cultural respecto de la Iglesia. La imagen de la *siesta* es clara: sestear equivale a no pensar y a delegar esta responsabilidad en otros. Sin embargo, Machado matiza y con ello salva de nuevo la verdad: donde se deja de pensar no es tanto «a la sombra de la iglesia» cuanto «a la *sombra de la sombra* de la iglesia». La mole eclesiástica *no es* la Iglesia. Pero Machado no terminó aquí su apunte pues añadió que la generación del 98 (y él con ella) también podía verse atacada por el flanco opuesto:

... vosotros tendréis que defender su obra del doble *Index Librorum Prohibitorum* que le espera: del eclesiástico, indefectible, y... del otro. Del

---

<sup>9</sup> PPC, p. 2156 («Apuntes inéditos, Madrid, 1933-1934, LXXXII»).

<sup>10</sup> PPC, p. 2325-6.

otro también, porque, *frente a los que seestean a la sombra de la iglesia, están los que duermen al sol*, sin miedo a la congestión cerebral, los cuales llevan también el lápiz rojo en el bolsillo. (11)

La figura del “gran inquisidor” (que justifica su actitud censora en aras del bienestar o de la «salvación de las masas») es de origen católico pero es extensible a otros grupos ideológicos. ¿Pensó Machado en la defensa que tuvo que hacer de Unamuno, cuando éste falleció en Salamanca en 1936, frente a los que lo criticaron? Machado, en todo caso, no dudó en criticar, dentro de su propio bando, el «tópico» de pensar en las «masas» y no en los «hombres». Porque la lógica ideológica de todas las jerarquías olvida que el hombre es fin y sólo lo ve como medio o, peor aún, como carne de cañón. Esta visión del hombre fue, para él, un «yerro lógico» y «otra terrible caja de Pandora» que, pese a proceder del «campo enemigo», también hizo mella en «muchas gentes de buena fe, *nuestros mejores amigos*» (y quizá Machado pensó aquí en la ayuda rusa a la República) (12).

(c) «*Nada hay más temible...*» (1936)

Machado, dada la semejanza de los dos frentes ideológicos, usó, de forma desplazada (es decir, metafórica), los términos jerárquicos religiosos al hablar de quienes, siendo contrarios a la religión, incurren en los mismos extremos que ésta:

Porque no hay que olvidar lo que tantas veces dijo mi maestro: “*Nada hay más temible que el celo sacerdotal de los incrédulos*”. (13)

Frase cuyo efecto *boomerang* es impagable: los clérigos propiamente tales a los que anima un celo sagrado y belicoso son «incrédulos».

(d) «*y, si el Cristo vuelve...*» (1938)

11 *Loc. cit.*

12 *PPC*, p. 2319.

13 *PPC*, p. 2003 (JM I, xxiv).

Y, si el Cristo vuelve de un modo o de otro, ¿renegaremos de él porque también lo esperen los sacristanes? (14)

En plena guerra incivil, Machado desarma el argumento habitual entre los suyos, y los anima a hacer lo que, según él, deberían hacer desde dentro de lo mejor suyo: no renegar del Cristo (si éste volviese «de un modo o de otro») y, para ello, los exhorta a no ceder ante la influencia de aquellos cuya conducta es una barrera y una opacidad (un escándalo) que él ridiculiza con el término de «sacristanes».

(e) *De una carta a Unamuno (1913)*

Debemos retroceder unos veinte años para comprender el trasfondo de los cuatro breves apuntes anteriores. Justo un año después de haber perdido a Leonor y de haber publicado algunos de sus versos más hondos acerca de Dios y acerca de su perplejidad, Machado es aún deudor de la idea convencional (teísta, dirán algunos) acerca de la intervención de Dios en el mundo; idea que *tiende* a concebir a Dios como un *ente* más, o un *objeto* más o una *causa* más que nuestro entendimiento cree –erróneamente– poder colocar en el mismo plano que el resto. Ente, objeto y causa que los hombres conciben entonces antropomórficamente e *invocan interesadamente* porque le atribuyen el poder que a ellos les falta para «tapar agujeros» y para remediar lo que juzgan ser un mal conforme a sus deseos inmediatos, o que *niegan y rechazan* porque ya no creen que pueda ayudarles de la forma en la que ellos imaginan que les conviene.

Machado no cae en esta tendencia; sabe que la «cuestión religiosa» trasciende la concepción de la religión como una respuesta tranquilizadora y como una seguridad ante los enigmas de la existencia; y sabe además, y quizá mejor que Unamuno (al que reconoce sin embargo como maestro), que la «cuestión religiosa» es algo más que la puerta hacia una filosofía de búsqueda sin ninguna experiencia. De ahí que Machado, en este primer fragmento de 1913 (luego citaremos otro), exprese su indignación ante la insensibilidad hacia lo espiritual de la institución eclesiás-

---

<sup>14</sup> PPC, p. 2388.

tica y también de quienes desconocen dicha búsqueda y creen ver en la institución algo que desaparecerá con el progreso. Unos y otros *reducen* así la «cuestión religiosa» a ideología, política o sociología.

Empiezo a creer que la cuestión religiosa sólo preocupa en España a Vd. y a los pocos que *sentimos* como Vd. Ya oiría Vd. al doctor Simarro, hombre de gran talento, de gran cultura, felicitarse de que el sentimiento religioso estuviera muerto en España. Si esto es verdad, medrados estamos, porque, ¿cómo vamos a sacudir el lazo de hierro de la Iglesia católica que nos asfixia? Esta iglesia espiritualmente huera, pero de organización formidable, sólo puede ceder al embate de un impulso realmente religioso. *El clericalismo español sólo puede indignar seriamente al que tenga un fondo cristiano. Todo lo demás es política y sectarismo*, juego de izquierdas y derechas. (...) Hablar de una España católica es decir algo bastante vago. A las señoras puede parecerles de buen tono no disgustar al Santo Padre, y esto se puede llamar “vaticanicismo”; y la religión del pueblo es un estado de superstición milagrería que no conocerán nunca esos pedantones incapaces de estudiar nada vivo. Es evidente que el Evangelio no vive hoy en el alma española, al menos no se le ve por ninguna parte, etc. (15)

Sólo alguien que atribuye un valor primordial a lo religioso por tener que ver con lo más profundo del ser humano se expresa así. Hemos dicho que retrocedíamos unos veinte años, los que faltan para que Azaña, en 1931, afirme la inexactitud de que «España ha dejado de ser católica» en respuesta, sin duda, a la jerarquía que, de forma simétrica, pretendía que España era católica por ser propio de su esencia política (que no espiritual) serlo.

Machado niega, en 1913, que España sea católica de la misma forma que critica a quienes se sienten satisfechos al afirmar que va a dejar de serlo años después. Machado (que tiene sus propias ideas sobre el ser y el existir, como veremos) se mueve en otro plano y utiliza otros términos; términos no doctrinales ni de adhesión a unas determinadas creencias, sino de experiencia, pues habla de algo interior como es «*sentir*» un «*impulso*» («realmente religioso»). Machado lamenta la situación y el equívoco; *siente* «el lazo de hierro ... que *nos*

15 *PPC*, p. 1535-6

*asfixia*». Es la asfixia de una Iglesia «*espiritualmente huera pero de organización formidable*»; es la asfixia que lo llevará a anotar, como vimos, que le repugna el término de «catolicismo» no por su significado sino por el uso que se hace de él.

Machado es evangélico pero no es «de Iglesia». Distingue a Jesús y a la Iglesia, hasta prácticamente separarlos, porque la segunda, al pretender ser lo primero y principal, obstaculiza el acceso a lo realmente esencial. Su cristianismo es laico y es, además, anticlerical. Su diagnóstico es claro: «*el clericalismo español sólo puede indignar seriamente al que tenga un fondo cristiano*». El *quid* está en el adverbio «seriamente», que se opone a «todo lo demás» («política y sectarismo, juego de izquierdas y derechas»). Porque, ciertamente, clericalismo es poder y es política. Según el DRAE:

Clericalismo. 1) Influencia excesiva del clero en los asuntos políticos. 2) Intervención excesiva del clero en la vida de la Iglesia, que impide el ejercicio de los derechos a los demás miembros del pueblo de Dios. 3) Marcada afección y sumisión al clero y a sus directrices.

De las tres acepciones, fijémonos en las dos primeras. En una sociedad actual, que debería caracterizarse por la distinción de dos sociedades (la civil y las sociedades religiosas, que deberían incluirse, como sociedades particulares dentro de la primera, y someterse al derecho común), clericalismo es: (1) la influencia excesiva de una facción de la sociedad religiosa (el clero) en la política de la sociedad civil; y (2) la «intervención excesiva» de esta facción dentro de la propia sociedad religiosa, con impedimento del «ejercicio de los derechos» por parte de «los demás miembros del pueblo de Dios».

Ahora bien, estos «derechos de los demás miembros del pueblo de Dios», impedidos por el clericalismo, pueden ser: (a) los derechos de dichos miembros en la sociedad civil (como cuando la jerarquía pretende imponer conductas determinadas a profesionales de la salud, del derecho, de la política, de la ciencia, etc., por ser católicos); y (b) los derechos de dichos miembros dentro de la propia sociedad religiosa (como cuando las directrices magisteriales en materia de



doctrina, dogmática o moral, se establecen y se aplican sin posible discusión y elección por parte de los seculares).

Frente a estas dos formas de clericalismo, la *autonomía* de la política, la secularización de la sociedad y la comprensión del individuo como persona con “derecho a tener derechos” son elementos propios de occidente. En las sociedades de los países de occidente y, por tanto, en las sociedades religiosas de dichos países, cualquier opción debe provenir de la libertad y de la responsabilidad moral de cada persona. Por eso Machado-Mairena aconsejaba a sus alumnos que ejercieran la actividad política por ella misma, no por obediencia a otras instancias:

La política, señores –sigue hablando Mairena–, es una actividad importantísima... Yo no os aconsejaré nunca el apoliticismo sino, en último término, el desdén de la política mala que hacen trepadores y cucañistas, sin otro propósito que el de obtener ganancia y colocar parientes. Vosotros debéis hacer política, aunque otra cosa os digan los que pretenden hacerla sin vosotros, y naturalmente, contra vosotros. Sólo me atrevo a aconsejaros que la hagáis a cara descubierta; en el peor caso con máscara política, *sin disfraz de otra cosa; por ejemplo de literatura, de filosofía, de religión*. Porque, de otro modo, contribuiréis a degradar actividades tan excelentes, por lo menos, como la política, y a enturbiar la política de tal suerte que *ya no podamos nunca entendernos...* (16)

#### (f) *Sobre un libro de Unamuno (1913)*

Machado formuló mejor su posición en un artículo sobre un libro de Unamuno, donde éste distingue *dos tendencias siempre presentes* en el catolicismo:

Siempre en el seno del catolicismo ha habido *dos tendencias*. Una, la genuinamente religiosa, la mística si se quiere, la no pervertida por el moralismo mundano, la que floreció con los jansenistas en Francia (...), la que muestra el lado por donde el catolicismo puede entenderse y concordarse con las demás confesiones cristianas, y, de otra parte, la tendencia política, la específicamente católica, la escéptica (...). Yo creo que nuestros místicos españoles del siglo XVI preludearon una reforma española indígena y propia, que fue ahogada en germen luego por la Inquisición.

<sup>16</sup> PPC, p. 1971-1972 (JM I, xvi).

Machado glosa esta distinción de una tendencia mística y de otra política, según la distinción clásica entre el espíritu y la letra:

Evidente es (...) que nuestra mística fue un comienzo de *reforma religiosa según el espíritu*, y una fecunda y vitalísima corriente espiritual opuesta al *letrismo inerte de los profesionales y del vulgo*. Nuestra mística representa, a mi juicio, el gran momento *introspectivo* de la raza, en que llegó ésta, por la vía intuitiva, a expresar, aunque de un modo balbuciente, su yo fundamental. Y, ¿adónde hubiera llegado esta reforma, ahogada en germen por la Inquisición o malograda por sí misma, de no haber sido ahogada o malograda? Cabe *imaginar* –nada más inofensivo que este género de fantasías– un *monumento filosófico* erigido por los descendientes de aquellos místicos españoles, tan grande como el levantado por los nietos de Lutero en tierra tedesca, arrebatando la hegemonía intelectual a la raza latina. Pero nosotros ahogamos el ascua en la ceniza. Cuando cesó para la Iglesia todo peligro de reforma, el sentimiento religioso se *asfixiaba*, y con él toda virilidad espiritual. Hoy pensamos sacudir el peso bruto y abrumador de la Iglesia fosilizada, de esta religión espiritualmente huera, pero de formidable organización eclesiástica y policíaca, y nos jactamos al par de que el *sentimiento religioso* está muerto en España. Si esto fuera absolutamente cierto, medrados estábamos. Por fortuna, aún no estamos convencidos de ello. Leyendo las obras de Unamuno no es posible afirmar la incapacidad religiosa de nuestra raza. De algo más que de ese “vaticanismo” de las clases altas y de esa superstición milagrosa del pueblo que llamamos catolicismo –ignoro por qué razón– somos todavía capaces. <sup>(17)</sup>

Ha pasado un siglo desde 1913 y sin embargo todo esto da que pensar aún. Machado piensa en el «monumento filosófico» que hubiera podido surgir de las gentes inquietas del siglo XVI si no hubieran sido reprimidas; y, de esta reflexión sobre lo que no fue, debieron de surgir sus exclamaciones:

¡Teresa, alma de fuego, / Juan de la Cruz, espíritu de llama, / *por aquí hay mucho frío, padres*, / nuestros corazoncitos de Jesús se apagan! (CXXXVI, xx)

De ellas surge también nuestra idea de que el “belén” que puede reunir en paz a la gente de buena voluntad de España es la casa del poeta en Segovia.

---

<sup>17</sup> PPC, p. 1541 y 1544. Las dos citas son de una glosa de Machado, fechada en julio de 1913, sobre el libro de Unamuno: *Contra esto y aquello*.

### 7. *La casa de Machado en Segovia*

«... Por aquí *hay mucho frío*, padres, / nuestros corazoncitos de Jesús se apagan!». Fácil es imaginar a don Antonio en su casa de Segovia, situada en lo alto de la ciudad vieja, no lejos de una de las fundaciones de santa Teresa. Desde ella se baja a la alameda del Eresma y a la tumba de san Juan de la Cruz en la Fuencisla. La casa del pensador y poeta no católico y la tumba del místico católico de origen judío y morisco son los dos puntos clave de un paseo apto para el sentipensamiento que abarca nuestra historia, Catedral y Alcázar incluidos como resumen de un pasado ya pasado que los turistas visitan ignorando estos otros lugares que todo lo envuelven con su socratismo y su cristianismo capaces de integrar la tradición nuestra común, tan compleja.

Todo este apartado ha buscado “profundar” y llegar, mental y cordialmente, a la casa de Machado, a la cocina de sus pensamientos y poemas, de cara a un primer acercamiento a la tercera figura del hombre que camina sobre el mar (que proviene de Jesús pero que acoge otros elementos, como veremos) y a la ubicación del poeta en la cultura de su tiempo, las cosas del espíritu, el cristianismo y las Escrituras. Desde aquí podemos continuar nuestro estudio.

## B. ELEMENTOS DE LA IMAGEN

### 8. *La imagen del camino y del mar, y la referencia a Jesús*

La imagen del camino, así como la del mar, son de antes de 1907. Es fácil imaginar a don Antonio, cuyas aficiones fueron «pasear y leer» (18), salir a dar una vuelta por la tarde (en Soria y luego en Baeza y en Segovia), hasta el anochecer, cuando el blanco del camino se difumina y azulea o se torna gris, y le puede parecer a uno que camina por el mar de Castilla, es decir, «por los caminos, sin camino» (19).

18 Frase de 1917. *PPC*, p. 1592.

19 CXVIII; LXXVII, ii.

Podemos imaginar a don Antonio viéndose a sí mismo durante la puesta del sol, con su sombra por delante y arando en el mar como el labriego que abre su surco oscuro en la meseta, no siempre en un mismo campo sino al azar de las encrucijadas.

La retina de Machado era ciertamente peculiar cuando veía el mar en Castilla, probablemente por su amplitud mesetaria. Gracias a un par de versos suyos, podemos, por ejemplo, ver el mar al fijarnos en las nieves del Guadarrama o de los Picos de Urbión o del Moncayo:

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera, / *espuma de la montaña* /  
*ante la azul lejanía* / sol del día, claro día! / ¡Hermosa tierra de España! (20)

Trasladar la espuma de las olas a la nieve de las crestas lejanas es un prodigio poético parecido al de mover montañas. Podemos imaginar tanto su deambular como su actividad interior, de asombro y de reflexión: «¿Para qué llamar caminos / a los surcos del azar?...» Es decir, ¿de dónde nos viene esta búsqueda de *unidad* que hace que llamemos «caminos» a los surcos del azar? El silencio de los puntos suspensivos precede a la sentencia universal: «Todo el que camina anda, / *como Jesús*, sobre el mar».

Para Machado, Jesús es un semejante. Entre el conocimiento de Jesús y el nuestro hay una «relación directamente proporcional»: cuanto más avanzamos en un conocimiento, tanto más avanzamos en el otro, y viceversa según él. Pensarnos a nosotros mismos y pensarlo a él son sendas complementarias. La relación directamente proporcional entre un tema y otro está en el «como» modal y comparativo: «Todo el que camina anda *como* Jesús, sobre el mar». Légaüt también habló por extenso de esta relación directamente proporcional entre las dos búsquedas de conocimiento (cuanto más ahondamos en una, más lo hacemos en la otra y viceversa). Cumplidos los 50, se planteó las dos cuestiones fundamentales para él: ¿quién eres tú, Jesús, y quién soy yo, hombre perdido en lo inmenso? (21). Más ade-

---

20 IX, «Orillas del Duero».

21 *Trabajo de la fe*, Madrid, AML, 1996, p. 56 y 80.

lante, estas dos cuestiones fueron el centro de los dos tomos de su obra principal, donde cuanto más se ahonda en lo humano, más se comprende lo cristiano, y viceversa. A la luz de la imagen del mar y del caminar sobre él de Jesús, cabe hablar del «socratismo» y del «cristianismo» sapiencial de Machado, e igual cabe decir de Légaut. Sus búsquedas confluyen. Decía Légaut en los años 50:

En lo íntimo del creyente, se *reproducirán* (...) con algunas variantes más aparentes que verdaderamente importantes, las *etapas* de la vida de Jesús, ya que el Señor es el camino. (22)

Pero, igual que no podemos pensarnos a nosotros sin el mundo y las relaciones, tampoco debemos pensar a Jesús sin sus discípulos, sus enemigos, su circunstancia y su misión, pues todo ello forma parte del “mar” de la vida. Por eso decía Légaut en 1970:

Quando el hombre ha sido no el espectador sino el *testigo* y por consiguiente el *artesano* de una renovación espiritual (cristiana o no) de un grupo, aunque sólo sea de unos pocos, tiene experiencia del clima denso, ahondante y propiamente creador, del grupo fraterno que es el origen de un movimiento naciente. Por eso, mejor que nadie, puede percibir en las Escrituras el *eco singular* de aquel otro comienzo que al principio fue *del todo semejante* –salvadas las debidas proporciones– al que él ha conocido, aunque aquel comienzo fuese secretamente el inicio de transformaciones tan grandes que aún no se conoce adónde pueden llegar. Por eso está *especialmente preparado* –este hombre– para concebir y comprender *por dentro* lo que los discípulos vivieron junto a Jesús y, de este modo, acercarse a ello. Sin embargo, este camino permanece oculto para los científicos y para aquellos que no han vivido con suficiente intensidad su propia humanidad. (23)

La vida espiritual tiene, en general, como modelo último, esta relación directamente proporcional. El modelo de la contrariedad y de la relación inversamente proporcional (o esto o lo otro) es tan sólo inicial, como en la ascesis, en la que hay que vaciar para llenar; o que derribar para levantar; o que silenciar para escuchar. El modelo de la

---

22 *Trabajo de la fe*, Madrid, AML, 1996, p. 43.

23 *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, Madrid, AML, 1999, p. 43.

relación entre dos elementos de orden espiritual no es la exclusión sino la comunicación. No es la relación física de oposición entre dos cuerpos sólidos, en la cual cuanto más espacio o tiempo ocupa uno tanto menos queda para el otro, y viceversa. La realidad humana implica la amistad de los dos elementos. Si la amistad es el paradigma del ser y no lo es la relación física (espacio-temporal) entre los cuerpos, entonces, no sólo cuanto más se entrega uno es cuanto más uno es él mismo, y viceversa, sino que cuanto más uno es él mismo tanto más puede darse al otro, y viceversa. El paradigma de lo físico es útil tan sólo en un primer momento (pues, al comienzo, no se puede servir a dos señores y no se puede tener el corazón dividido). Pero enseguida dicho modelo resulta insuficiente e incluso contraproducente pues entonces parece que crecer en humanidad (en conocimiento y en libertad) es contrario a crecer en lo espiritual cuando de suyo es al revés, pues el hombre adulto y en vías de ser él mismo sabe que hay un tiempo para cada cosa y que una cosa no excluye sino que pospone otra, porque el absoluto, si es espiritual y no ideológico, implica no tener el corazón dividido sino tener el tiempo ordenado, y no ser totalitario y devastador sino ser integrador.

Machado y Légaut pensaron la realidad espiritual, igual que la relación entre Jesús y uno mismo, conforme al criterio propio de dicha realidad, es decir, conforme al criterio y al paradigma de la amistad y de la comunión interpersonal, y no conforme al paradigma de lo físico, que es el que impera en lo ideológico (donde, por ejemplo, renunciar a lo particular y personal es necesario para dejar sitio a lo colectivo y aparentemente universal).

Machado y Légaut, además de ser afines por razón del esquema “directamente proporcional”, son culturalmente complementarios por venir de entornos muy diferentes. Légaut provenía del catolicismo tradicional, y su esfuerzo fue liberarse de los clichés de éste, y por eso representa quizá mejor un «cristianismo socrático». Machado, en cambio, provenía de una cultura más laica, fuera ya de la «sombra» (o de la «sombra de la sombra») de la Iglesia; cultura laica cuyos aprioris

se esforzó por corregir. Por eso representa mejor un «socratismo cristiano». Pero Légaut y Machado; el conocimiento de Jesús y el de uno mismo; el cristianismo y el socratismo, son seis laderas de una misma montaña por la que caminar.

### *9. Los pasajes evangélicos. Interpretación y enseñanzas*

Al imaginar al hombre caminando sobre el mar, lo más probable es que Machado se acordase, como ya dijimos, de la escena evangélica en la que Jesús camina sobre las aguas. Podemos asociar esta escena con otras dos del imaginario cristiano: «la pesca milagrosa» y «la tempestad calmada». Las tres ocurren en el mar de Galilea; las tres son de tipo milagroso; las tres son de una gran belleza. Para captar mejor el fondo de la mirada de Machado, conviene que releamos estos pasajes. Por eso, antes de fijarnos en los pasajes de Jesús caminando sobre las aguas, atenderemos a los de la pesca milagrosa y a los de la tempestad calmada.

#### *(g) La pesca milagrosa y la vocación de los primeros discípulos*

La «pesca milagrosa» (o la escena de la pesca «admirable» pues la etimología de *miraculum* permite este adjetivo) no está ni en Marcos ni en Mateo. Sólo está en Lucas y en Juan, que son los Evangelios más tardíos. Lucas sitúa la escena al comienzo de la vida pública (5, 3-11). Jesús sube a la barca de Simón, enseña desde allí a la gente y luego anima a los discípulos a bogar mar adentro. Allí ocurre el prodigio de la pesca y Simón se postra y dice aquello de: «Apártate de mí, que soy un pecador». Pero Lucas no presenta la escena como tal sino que la intercala en una escena anterior de Marcos y de Mateo (Mc 1, 16-20 y par.). Esta escena previa de Marcos y de Mateo, aprovechada por Lucas, es «La vocación de los primeros discípulos». Por eso el milagro no es una perícopa conocida como la de «la pesca milagrosa» sino una sección, tan sólo, de la «primera vocación de los discípulos», título acorde con la ubicación de la escena al comienzo de las actividades de Jesús en Galilea también en Lucas, aunque no en Juan.

Solemos atribuir un valor biográfico e histórico a esta posición inicial de la escena en Lucas aunque sepamos que los Evangelios no se compusieron según dichas claves y aunque, a diferencia de Lucas, Juan coloque esta escena milagrosa al final de su evangelio, como un añadido y como la última aparición del Jesús resucitado. En Juan, los detalles del relato son distintos, y Pedro, ante el prodigio de la abundancia de peces, no se postra sino que se echa al mar para llegar ante Jesús, que, en Juan, no está en la barca sino en la orilla. Si la «pesca milagrosa» está al final del evangelio de Juan y es una escena posterior a la Resurrección, quizá el trasfondo de esta escena sea sintetizar el recuerdo de un primer encuentro con Jesús con una «segunda llamada», una tarde de pesca durante los meses posteriores a la crucifixión. Toda experiencia de Jesús es compleja y se da a lo largo del tiempo.

El comienzo de la escena de la «vocación de los primeros discípulos» en Mateo es una frase que por lo normal es deliciosa: «paseando junto al mar de Galilea, vio a *dos* hermanos» (Mt 4, 18). Y el final, en Marcos y en Mateo, es una llamada *plural* al seguimiento a través de una famosa metáfora («*Venid* en pos de mí y *os* haré (ser) *pesca*dores de *hombres*»). Lucas convirtió esta llamada plural en una llamada *singular* a Simón: «Y dijo Jesús a Simón: ‘*Deja de temer; desde ahora serás pescador de hombres*’» (Lc 5,10). Pedro, cuyo papel destaca en las apariciones de la resurrección y cuyo liderazgo recuerda el de Moisés (23bis).

Pero volvamos a Machado. ¿Pudo tener presente esta escena de la «pesca milagrosa» cuando utilizó la imagen de la pesca como metáfora de la actividad del pensamiento y de sus paradojas?

Machado se preguntaba: ¿cómo captar, cómo pensar y, en definitiva, cómo «pescar» lo fugitivo y vivo de los peces singulares sin suprimirlo ni matarlo por el hecho de pensarlo, es decir, de abstraerlo y de generalizarlo mediante conceptos? Esta salvación de lo individual y fugaz, que parece imposible puesto que pensar significa enfriar y abstraer, es decir, conceptualizar y juzgar, acaso puede darse gracias a la

---

23bis Ver J.S. SPONG, *Liberating the Gospels*, Harper, NY, 1996, p. 142-143.



memoria, que es capaz de conservar en su baúl lo singular de la existencia. Machado meditó en la función específica de la memoria y, como decimos, cabe preguntarse si la expresión de «pescadores de hombres» no estuvo presente en su mente, dado que la pesca fue la imagen de fondo por la que Jesús formuló su llamada fundamental, que consistía, precisamente, en llegar a comprender a cada hombre en su singularidad. Pero dejemos aquí esta liebre aunque no sin apuntar a su favor que, según Légaut, el don de Jesús fue, precisamente, despertar y captar lo universal y singular de cada ser, aquello que podemos llamar su “misión”, aquello por lo que él (y sólo él) ha venido al mundo (24).

(b) *La tempestad calmada*

La segunda escena relacionada con la marcha de Jesús sobre las aguas es la de «la tempestad calmada», que no aparece en Juan y que, en cada uno de los Sinópticos, viene detrás de escenas distintas, aunque la escena siguiente es la misma (los endemoniados de Gerasa).

Esta vez es Mateo, y no Lucas, quien intercala unos versículos en el texto anterior, y más breve, de Marcos. La interpolación versa sobre la prioridad del seguimiento, que no admite demoras. Lucas sacará de esta escena de Mateo los versículos interpolados por éste a Marcos y los pondrá en otro lugar, donde añadirá un tercer ejemplo.

Tras la interpolación, vienen los rasgos comunes a las tres versiones sinópticas: a) ante la tempestad, los discípulos piden socorro a Jesús; b) Jesús les reprocha su miedo y su poca fe (que son equivalentes); y c) los discípulos se preguntan asombrados: *quién es este Jesús a quien los vientos y el mar obedecen*.

La tempestad calmada no es una crónica de un hecho registrable fuera de la fe sino que es una “cristofanía”, es decir, un relato de lo más que humano *del ser* de Jesús, y su redacción es posterior a las experiencias carismáticas del tiempo de la resurrección. Los detalles

<sup>24</sup> Habría que ver: CXXXVI, xxxv («Hay dos modos de conciencia...») y los poemas y pasajes afines. Y de Légaut, los *Cuadernos* 12, p. 23 y 20, p. 101.

del relato recuerdan fragmentos del Antiguo Testamento en los que Yahvé aparece como el Señor de las aguas y de los vientos, que ha liberado a su pueblo y que le ha abierto un camino por en medio del mar. Recordemos algunos de estos fragmentos:

Los que a la mar se hicieron en sus naves (...) vieron las obras de Yahvé, sus maravillas en el piélago. Dijo, y *suscitó un viento de borrasca*, que entumeció las olas; (...) *su alma se hundía*; dando vuelcos, vacilando como un ebrio, tragada estaba toda su pericia. *Hacia Yahvé gritaron en su apuro*, y él los sacó de sus *angustias*; a silencio redujo la borrasca, y las olas callaron. Se alegraron de verlas amansarse, y él los llevó hasta el puerto deseado (Salmo 107, 23-30).

Las nubes derramaron sus aguas, su voz tronaron los nublados, también cruzaban tus saetas. ¡Voz de tu trueno en el torbellino! Tus relámpagos alumbraban el orbe, la tierra se estremecía y retemblaba. *Por el mar iba tu camino, por las muchas aguas tu sendero, y no se descubrieron tus pisadas* (Salmo 77, 17-20). – Yahvé (...) *camina en la tempestad y el huracán*, y las nubes son el polvo de sus pies. Amenaza al mar y lo deja *seco*, y *agota* todos los ríos (Nahúm 1,3-4). – Pedid a Yahvé la lluvia en tiempo de primavera. Yahvé, *el que hace las nubes de tormenta*, lluvia copiosa les dará, hierba en su campo a cada uno (Zacarías 10,1).

Los redactores de los Evangelios eran judíos, conocían las Escrituras y escribieron a partir de la idea de que Jesús había sido grande y Yahvé había obrado en él como otras veces lo había hecho a través de otros seres escogidos, como Moisés o Elías.

Conforme a este contexto, antes de pasar al “milagro” de caminar Jesús sobre las aguas, podemos concluir que el fondo de la imagen que Machado manejó procede de tan lejos como la redacción de los relatos legendarios del origen Israel en el paso del Mar Rojo. Los pasajes de los evangelios sobre el poder de Jesús sobre la naturaleza y sus fenómenos más imponentes fueron una especie de *midrash*, es decir, una especie de recreación de aquellas leyendas.

### (i) *El hombre Jesús camina sobre las aguas*

Leamos ahora las tres versiones del “hecho extraordinario” en el que se inspiró nuestro poeta:

**Marcos**  
6, 44-53

**Mateo**  
14, 21-34

[ Lc. ] **Juan**  
6, 13-20

Mc 6:44-6 Eran los que comieron cinco mil hombres adultos. En seguida obligó a sus discípulos a que se montaran en la barca y fueran delante de él al otro lado, en dirección a Betsaida, mientras él despedía a la multitud. Cuando se despidió de ellos, se marchó al monte a orar.

Mc 6:47-48 Caída la tarde, estaba la barca en medio del mar y él solo en tierra. Viendo el suplicio que era para ellos avanzar porque el viento les era contrario, a eso del último cuarto de la noche *fue hacia ellos andando sobre el mar* con intención de pasarlos.

Mc 6:49-50 Ellos, *al verlo andar sobre el mar*, pensaron que era una aparición y empezaron a dar gritos; porque todos lo habían visto y se habían asustado. Pero él habló en seguida con ellos diciéndoles: – *Animo, soy yo, no temáis.*

Mt 14:21 Los que comieron eran hombres adultos, unos cinco mil, sin mujeres ni niños. En seguida obligó a los discípulos a que se embarcaran y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a las multitudes. Después de despedirlas, subió al monte para orar a solas.

Mt 14:23[b]-25 Caída la tarde, seguía allí solo. Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, maltratada por las olas, porque llevaba viento contrario.

*De madrugada se les acercó Jesús andando sobre el mar.*

Mt 14:26-27 Los discípulos, *viéndolo andar sobre el mar* se asustaron diciendo que era un fantasma, y daban gritos de miedo. Jesús les habló enseguida: – *Animo, soy yo, no tengáis miedo.*

Jn 6:13-14 Los recogieron y llenaron doce cestos con trozos de los cinco panes de cebada, que habían sobrado a los que habían comido. Aquellos hombres, al ver la señal que había realizado, decían: – Ciertamente éste es el Profeta, el que tenía que venir al mundo.

Jn 6:15 Jesús entonces, dándose cuenta de que iban a llevárselo por la fuerza para hacerlo rey, se retiró de nuevo al monte él solo.

Jn 6:16-18 Al anochecer bajaron sus discípulos al mar, se montaron en una barca y se dirigieron a Cafarnaúm. (Los había cogido la tiniebla y aún no se había reunido con ellos Jesús; además, el mar, por un fuerte viento que soplabá, estaba picado).

Jn 6:19-20 Habían ya remado unos cinco o seis kilómetros cuando *percibieron a Jesús que, andando sobre el mar, se acercaba a la barca, y les entró miedo*; pero él les dijo: – *Soy yo, no tengáis miedo.*

<p>Mc 6:51-52 Se montó en la barca con ellos y el viento cesó. Su estupor era enorme, pues no habían entendido cuando los panes; al contrario, su mente seguía obcecada.</p> <p>Mc 6:53 Atravesaron hasta tocar tierra, llegaron a Genesaret y atacaron.</p>	<p>Mt 14:28 Pedro le contestó: – <i>Señor, si eres tú, mándame llegar hasta ti andando sobre el agua.</i></p> <p>Mt 14:29-31 Él le dijo: – <i>Ven.</i> Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua para llegar hasta Jesús; pero al sentir la fuerza del viento le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: – <i>¡Sálvame, Señor!</i> Jesús extendió en seguida la mano, lo agarró y le dijo: <i>¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?</i></p> <p>Mt 14:32-33 En cuanto subieron a la barca cesó el viento. Los de la barca se postraron ante él diciendo: – <i>Realmente eres Hijo de Dios.</i></p> <p>Mt 14:34 Terminada la travesía tomaron tierra en Genesaret.</p>	<p>Jn 6:21 Al querer ellos recogerlo en la barca, inmediatamente se encontró la barca en la tierra adonde iban.</p> <p>Jn 6:22 Al día siguiente, la multitud...</p>
--	---	---

Enumeremos los elementos comunes más importantes de esta escena y los afines a los de la «tempestad calmada». (1) Es común el miedo y la cobardía que los discípulos sienten, no tanto ante el fenómeno natural como ante la figura grandiosa de Jesús, a quien primero no identifican y que no sólo camina sobre el mar sino que, en Mateo, llama a Pedro a que también camine como él sobre el mar. (2) Es notable el reproche de Jesús, esta vez sólo a Pedro, por su miedo y su poca fe, así como, (3), la exhortación del tipo: «¡ánimo, soy yo, *no temáis!*», en la que se sobreentiende esta idea que decimos de la fe como la capacidad del hombre de mirar su carencia de ser y no desfallecer al hacerlo.

De nuevo encontramos aquí, en efecto, la idea espiritual fundamental de que la fe no es creer en unas creencias determinadas sino que es la actitud fundamental del hombre ante la vida, cuya ausencia se manifiesta en el miedo. (4) Frente a esto, el final de Mateo es, en cambio, la confesión de una creencia sobre la singularidad divina de Jesús (confesión que recuerda la del centurión tras la muerte de Jesús: Mt. 27, 54). (5) Llama también la atención la incompreensión de los discípulos ante lo sucedido, incompreensión que se da en esta escena pero que se había dado en la anterior (la multiplicación de los panes). Y, (6), otro rasgo del pasaje es la gran calma repentina del final.

Pero aún debemos subrayar otros dos datos más. (7) Lucas *no tiene* esta escena de Jesús caminando sobre las aguas y la razón es que él tiende a descartar las escenas con fondo de resurrección que Mateo ubica en Galilea y que él –Lucas– ubica en Jerusalén (25). (8) Hay un último dato que destacar: Marcos, Mateo y Juan sitúan esta escena en el mismo lugar: después de la multiplicación de los panes y de los peces, prodigio que no comprendieron los discípulos y que fue el único “milagro” que, junto con el de la resurrección, aparece en los cuatro evangelios.

### *(j) Significado original y machadiano de la escena*

La significación original de la escena es deudora del trasfondo judío de la misma, tal como ya dijimos cuando la tempestad calmada. La marcha de Jesús sobre las aguas, junto con la multiplicación de los panes que la precede, son un *midrash* cuyo fondo son dos escenas de Moisés como guía de Israel. Por eso ambas escenas (la de caminar sobre las aguas y la de alimentar a una multitud) presentan a Jesús como alguien mayor que Moisés.

---

<sup>25</sup> Según John S. Spong, Lucas aprovecha el material de esta escena en otra. Las reacciones de espanto y de no reconocimiento de Jesús, a quien creen un fantasma, Lucas las pone en la aparición de Jesús a todos los discípulos después de la escena de Emaús (24, 36-43). Ver: *Liberating the Gospels*, Harper, NY, 1997, p. 290.

Estas ideas son acordes con la forma de invención y de redacción de los Evangelios. Éstos se elaboraron en el contexto de la sinagoga y son una suma de recreaciones judías de escenas de las Escrituras hebreas. Los discípulos, tras fallecer Jesús, continuaron asistiendo a la sinagoga hasta su expulsión. Los judíos expulsaron a los «seguidores de la vía» a mediados de los años 80 del siglo I. Hasta entonces, al escuchar las lecturas cada sábado y cada fiesta, los discípulos habían ido comprendiendo a Jesús como el cumplimiento de las Escrituras. Por eso Jesús era mayor que Moisés y que Elías y, por tanto, el cumplimiento y la superación de la Ley y de los Profetas.

Jesús fue el nuevo Moisés sobre todo en Mateo. No sólo superó la persecución de Herodes (nuevo Faraón) sino que cumplió la frase de Oseas («de Egipto he llamado a mi hijo»). Luego pasó cuarenta días en el desierto y superó tres tentaciones, igual que Israel. Y, en su bautismo, vio abrirse sobre él las aguas del cielo (no las de la tierra) como las del Mar Rojo se abrieron ante Moisés guiando a Israel. Por lo mismo, Jesús *alimentó* con su palabra a la multitud y se manifestó como el que *camina sobre las aguas*. Caminar sobre las aguas era más que pasar a pie enjuto el mar Rojo o el río Jordán, tal como los judíos creían que lo habían hecho antaño Moisés, Josué, Elías y Eliseo, y por la fuerza de Yahvé.

Unos años después, el «no temáis, que *soy yo*» de esta escena será, en el evangelio de Juan, el «yo soy» de Yahvé en la zarza ardiendo y en el Sinaí. Jesús pasará, de ocupar el lugar de Moisés, a ocupar el de Yahvé. Pero, como la *superación del monoteísmo* por la exaltación de un hombre junto a Dios era inaceptable en el judaísmo de los años 80 y 90, el cambio radical que se dio en los discípulos supuso un conflicto insoluble entre los «seguidores de la vía» y los judíos.

El relato de la marcha de Jesús sobre las aguas no es, por tanto, la crónica de un *hecho* de antes de la crucifixión y menos de después. Los Evangelios no son una crónica de hechos admirables, cognoscibles con independencia de la fe. Interpretar escenas como la de caminar sobre las aguas (u otras de poder sobre las fuerzas de la

naturaleza o sobre las fuerzas de la vida, como curaciones y resucitaciones) como pruebas, perceptibles por los sentidos y concluyentes para el entendimiento, del ser divino de Jesús no cuadra ni con el fracaso final de su misión ante Israel ni con su muerte en la cruz. Afirmar, pues, la realidad fotografiable de estos hechos no fue ni la intención de los Evangelios ni una exigencia del discipulado, entonces o ahora, sino que es una comprensión “doceta” (o mágica, según un concepto más general) del ser *de Dios* de Jesús. Y ya sabemos que el docetismo proviene de la forma griega y romana de concebir la intervención de los dioses en los asuntos de los hombres. A diferencia de lo que se desprendería del docetismo (y de la comprensión mágica en general), la oscuridad del camino, el riesgo de las decisiones, la fe de Jesús en sí mismo y su fidelidad a su misión, así como su forma de afrontar su muerte, *no se debieron* a una condescendencia deliberada y teatral por parte de Jesús, con objeto de hacerse artificialmente semejante a nosotros a pesar de que, si hubiese querido, hubiese podido, al final, bajar de la cruz, tal como le conminaron que hiciera algunos de los que, según los relatos, se acercaron al Gólgota aquella tarde memorable (26).

Por su parte, la interpretación machadiana del relato de Jesús caminando sobre el mar de Galilea debió de ser ajena a lo que hoy podemos saber acerca de la formación de la tradición sinóptica pero fue contraria a la interpretación literal y doceta (o mágica), que es lo que todavía muchos creen y muchos descreen, como también pasaba en tiempos de Unamuno y de Machado. El acierto de éste fue, como dijimos, tomar la escena de caminar sobre las aguas como una expresión simbólica especialmente vigorosa del “milagro” de la *existencia* de un hombre como Jesús en medio de Israel, así como del “milagro” de la *existencia* de la fe, como actitud fundamental, en un hombre o una mujer de cualquier tiempo y lugar.

---

<sup>26</sup> Sobre la crisis del monoteísmo (pág. anterior) y sobre los milagros y la cruz, ver: *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, Madrid, AML, 1999, p. 53-57 y 67.

Con todo, el fondo veterotestamentario y el proceso de la redacción del relato de Jesús caminando sobre las aguas confirman el sentido que Machado dio a la escena. Spong, como exegeta, comprendió enseguida a Machado (27). Y Machado, por su parte, hubiera coincidido con el «esbozo –a repensar constantemente– de la vida de Jesús» que Légaut escribió como una versión «*desacralizada de los textos*» (28). Dicho esbozo «*sin teofanía*» buscaba expresar, de una forma actual, cómo debió de ser la vida espiritual de Jesús y su relación con el Dios de dicha vida espiritual; buscaba llegar a ser inteligible para el lector mediante lo hondo humano y «en el nivel que permite y suscita el estado interior» de cada uno, es decir, en el nivel de la fe entendida como venimos diciendo (29). Es más, con este esbozo de la vida de Jesús sin teofanías, Légaut intentó sugerir una comprensión diferente de la idea de revelación: una revelación...

... íntima, sin palabra ni signo; una anunciación sin ángel; una luz celeste sin estrellas; una proclamación sin paloma y sin voz de los cielos; una infusión del Espíritu sin lenguas de fuego; y una revelación por lo que hace nacer en aquél al que visita, y no por lo que Dios enseña y ordena en un momento dado, a todos. (30)

---

27 Así lo indica un fragmento de una carta suya, del 14 de enero de 2014, en respuesta a otra mía, a raíz de haber ido a Segovia con su mujer y dos amigos: «Aprecio a Machado aún más gracias a tu carta. Parece entender muy bien que la vida cristiana trata acerca del viaje y no del término, de lo cual yo estoy convencido. El cristiano nunca llega porque el viaje ocurre en la infinidad de Dios. Cuando los cristianos piensan que ya han llegado, su fe se vuelve demoníaca. Así cuando uno suscribe afirmaciones como la infalibilidad del papa o la inerrancia de las Escrituras, o que la propia religión o iglesia es la verdadera, y lo hace con la arrogancia de presumir que uno mismo y la propia tradición de fe son los árbitros del único acceso a Dios. Machado entendió: que todos vemos a través de un espejo oscuramente, que ninguno puede evadir sus limitaciones humanas y que la inseguridad es la marca de nuestra humanidad que nadie debería pretender perder. El cristianismo no nos da la seguridad ni la posesión de la verdad. Nos da la habilidad de vivir sin seguridad y de celebrar la posesión de una verdad tan sólo relativa e incompleta».

28 Ver «Llegar a ser discípulo» en *CD 2*, p. 46.

29 *Loc. cit.*

30 «Ensayo sobre la fe» en *CD 20*, p. 80-81.



Machado, aun sin formulárselo, debió de pensar algo parecido a todo esto al recordar y escoger esta imagen de Jesús como figura síntesis tanto de la fe *de* Jesús como de la fe *de* cualquier hombre de fe, que camina —él también— sobre las «mismas vivas aguas de la vida».

Conforme con esta comprensión, es propio de la mejor tradición cristiana afirmar que la fe de Jesús como sujeto es el objeto nuclear de la fe entendida como creencia en una creencia fundamental<sup>31</sup>. La fe de Jesús es lo que acabó por transformar a los discípulos y es la ayuda esencial que en la tradición se transmite, siempre a través de unos pocos al menos, y pese a los graves fallos que en el mundo han sido. Van en esta dirección expresiones como «todo es posible para el que tiene fe» y «fe tengo, ayúdame tú en lo que me falte», de Jesús y del padre del epiléptico (Mc. 9, 23-24). De ahí el significado de la interpolación de Mateo en la que Pedro *empieza a caminar* sobre las aguas hasta que empieza a temer y a hundirse, clama a Jesús y éste lo anima y lo salva. Pedro, el discípulo en torno al que giró la experiencia de la Resurrección y cuya fe debía confortar la fe del resto. Tan sólo un verso de Machado empieza «¡Oh, sálvame, Señor...» y es bueno recordar aquí tanto su excepción como su sobriedad y belleza:

... Abel palpaba / su cuerpo enflaquecido. / ¿El que todo lo ve no le miraba? / ¡Y esta pereza, sangre del olvido! / ¡Oh, sálvame Señor! – Su vida entera, / su historia irremediable aparecía / escrita en blanda cera. / ¿Y ha de borrarte el sol del nuevo día? / Abel tendió su mano / hacia la luz bermeja / de una caliente aurora de verano, / ya en el balcón de su morada vieja. / Ciego, pidió la luz que no veía. / Luego llevó, sereno, / el limpio vaso, hasta su boca fría, / de pura sombra – ¡oh pura sombra! – lleno. (CLXXV, vv. 65-80)

### (k) *El mar, la mejor catedral*

Terminemos este repaso de los evangelios llamando la atención sobre un versículo, complementario del símbolo de que Jesús «*anduvo* en el mar», y cuya insignificancia doctrinal y redaccional realza su valor espiritual (o humano). Dice Marcos:

<sup>31</sup> Ver H. Urs von Balthasar, *La Gloire et la Croix* I, París, Aubier, 1965, p. 183.

Y de nuevo comenzó a enseñar junto al mar, y se le junta una multitud inmensa, de manera que, subiendo a una barca, *se sentó en el mar*, y toda la multitud estaba en tierra, junto al mar.

A diferencia del versículo paralelo de Mateo, el de Marcos dice textualmente que Jesús «*se sentó en el mar*» y que *enseñaba* desde allí <sup>(32)</sup>. Imposible imaginar (a la luz de la imagen de Machado de que Jesús «anduvo» sobre el mar) mejor “cátedra” para el maestro del evangelio, que no enseñó ni desde la cátedra de Moisés ni desde el Templo cuando empezó a explicar sus parábolas, tan distintas de una Ley.

Por su parte, Légaut habló, en varias ocasiones, de *detalles* y de *indicios* como éste, que podemos encontrar en los Evangelios y que son significativos aunque no sean relevantes ni dogmática ni exegéticamente. Los detalles e indicios de este tipo brillan y se dejan captar si la investigación es diferente de las meramente académicas. Sin duda, estos detalles pueden coincidir materialmente con los signos y los datos relevantes en teología, exégesis o historia, pero su brillo especial sólo lo capta la búsqueda interior del lector, al que, eventualmente, pueden ayudar otras lecturas. Estos detalles son formalmente el resultado de una búsqueda intelectual distinta de la investigación académica aunque puedan hallarse *dentro* de una investigación así. Légaut supo identificar el valor de este tipo de hallazgos que trascienden los resultados y conocimientos generales <sup>(33)</sup>.

---

<sup>32</sup> En griego: *kathésthai en té thalásse* (Mc 4:1). Mateo corrige a Marcos y escribe: «Un día, saliendo Jesús de (la) casa, se sentó junto al mar, y se le juntó mucha gente, de manera que, subiendo a una barca, se sentó, y toda la multitud permanecía en la orilla. Y les habló de muchas cosas en parábolas...» (Mt. 13:1-3).

<sup>33</sup> La diferencia entre «indicios y detalles» y «signos» puede verse en el epígrafe «El acceso a la fe de los discípulos de todos los tiempos. Distinción necesaria entre signos e indicios», de «Ensayo sobre la fe. Aplicación a la fe en Jesús», CD 20, 2008, p. 97-98; ver también p. 107.

Légaut habló también de estos detalles e indicios, más que signos, en el epígrafe «Para poder entrever quién fue Jesús, hay que unir, al conocimiento profundo de los evangelios, el conocimiento espiritual que da una vida fiel», en «Llegar a ser discípulo», CD 2, 1994, p. 37-39. Pero el primer texto en el que habló de estos detalles e indi-

10. *Elementos del “camino” y del “mar” en Machado*

Una vez leídas con algo de detalle las escenas de donde procede la figura de Machado, podemos volver a sus poemas. Añadamos al de «Todo pasa y todo queda / pero lo nuestro es pasar...» y al de «¿Para qué llamar caminos / a los surcos del azar?...», el segundo utilizado por Serrat y quizá el más conocido:

Caminante, son tus huellas / el camino, y nada más; / caminante, no hay camino, / se hace camino al andar. / Al andar se hace camino, / y al volver la vista atrás / se ve la senda que nunca / se ha de volver a pisar. / Caminante, no hay camino, / sino estelas en la mar. (CXXXVI, xxix)

(1) *Tres tipos de camino*

En los relatos de nuestra tradición podemos distinguir tres tipos de camino. Está el camino del sujeto que avanza hacia una meta pero que necesita un guía porque desconoce camino y meta. Ejemplos: el «éxodo» de Israel (de Egipto a la «tierra prometida», con la guía de la nube de Yahvé); el camino de los Magos a Belén, guiados por su estrella; el camino del Dante, en medio de la selva de la vida, guiado por Virgilio y luego por Beatriz, a través del infierno y del purgatorio, hacia el Paraíso. Pero hay también un segundo tipo de camino: el de quien concibe la vida como un retorno: como Israel de regreso del exilio o como Ulises de regreso de Troya o como Tobías o como el hijo menor de la parábola.

Pero hay, además, un tercer tipo de camino: el del caballero «andante», que va «por los caminos, sin camino» y sin meta, pues la meta está en el camino o ambos coinciden con su carácter: ir a la ven-

---

cios, así como de la «actividad del recuerdo» (muy distinta de las capacidades normales de la memoria) fue en *Reflexión sobre el pasado...* (en adelante, *RPPC*) p. 41-42.

Ver asimismo, sobre la actividad del recuerdo, en *El hombre en busca de su humanidad* (en adelante, *HBH*), p. 91-100.

Por otra parte, acerca de los límites de la exégesis y de la ciencia en la búsqueda de quién fue Jesús, ver: *RPPC*, p. 30-32.

tura, socorriendo huérfanos y viudas (que, por no tener un defensor, son el paradigma del pobre en una sociedad depredadora), o en busca de aventuras (*a-ventura; peri-pathos*). Así Don Quijote y Sancho por La Mancha; Tom Sawyer y Huck Finn por el Misisipi o Charlot por los barrios de la ciudad industrial; y lo mismo Jesús o san Francisco con los suyos, por Galilea o por la futura Italia.

La figura del hombre sobre el mar de Machado es de este tercer tipo. Sin embargo, el añadido imaginario de caminar *sobre el mar*, da pie a ciertos elementos, imposibles de enumerar pues el simbolismo es abierto. Sobre todo, el imposible y sin embargo cierto caminar del hombre, en condiciones increíbles, sin otro saber que el presente. Así como también lo irreversible de la marcha: no hay vuelta atrás pues el pasado no está escrito y el hombre sólo tiene la historia y la épica de su existencia, la cual sólo se capta, de forma global, por un esfuerzo de interioridad, en medio de las «*mesmas vivas aguas de la vida*»<sup>(34)</sup> o de «*las vivas aguas del ser*»<sup>(35)</sup>.

En lo que sigue, volveremos sobre estos dos elementos. Pero anotemos antes lo siguiente. Si en el camino cuenta ser «en el *buen* sentido de la palabra, *bueno*» (XCVII, v. 12), ello no es por cumplir un proyecto o una ley y con ello dar un sentido añadido a la vida, sino que es por lo mismo por lo que el «*buen samaritano*» debió de serlo: dejar de socorrer hubiera sido feo según un imperativo interior que muchas veces sólo se conoce por un rechazo de su contrario, que es, a veces, *casi* lo primero y espontáneo, y en lo que por eso “caemos” y por eso

---

<sup>34</sup> Machado cita la expresión de santa Teresa “las mismas vivas aguas de la vida” (*Castillo interior* o *Las moradas*, I, cap. II) en su “Poética” de 1931 y en la importante “Miscelánea apócrifa” del Juan de Mairena II, sobre Unamuno, Bergson y Heidegger, fechada el 12/1937-01/1938 (PPC, p. 2360-8). Machado apostilla en un momento de esta Miscelánea: «dicho sea con frase de la *pobre* Teresa de Jesús», pero añade enseguida: «La llamo *pobre* porque recuerdo a algunos de sus comentaristas». Sin embargo, Machado cita de forma equivocada a la santa, porque ella dice exactamente: «las mesas aguas vivas de la vida». Comento e interpreto este error en el CD 14, p. 185.

<sup>35</sup> PPC, 1803, 2365; y CLXVII, xvi.

sentimos que es cuestión de honor “salir” de ello. Esta precisión sobre el origen interior de las exigencias es poco frecuente pero ilustra que una cosa es discurrir si la vida tiene o no sentido; otra, darle un sentido según una doctrina y alcanzar así la satisfacción; y otra, entrever el que se urde en el vivir mismo; así hacen muchos sin saberlo y viven mejor de lo que creen, sin ruido, paso a paso y «a pocos pocos» (como decía santa Teresa de su escritura), suficientemente en guerra consigo mismos y en paz con los otros (CXXXVI, xxiii). Tal es la forma más discreta de la felicidad, que, a diferencia de la satisfacción, no tiene ni fin ni utilidad ni explicación fuera de sí misma (36).

Moneda que está en la mano / quizá se deba guardar; / la monedita del alma / se pierde si no se da. (37)

## (II) Camino y mar

El imposible y sin embargo cierto caminar del hombre, en condiciones increíbles, permite aplicar la categoría de «milagro» al ser de un hombre cuya libertad frente a los determinismos y cuya orientación en lo ilimitado son de un orden distinto del de las leyes de la naturaleza. Frente a los determinismos (el peso que nos hunde y las corrien-

<sup>36</sup> Sobre las distinciones acerca del sentido, la felicidad y la satisfacción, ver: M. LÉGAUT, *Llegar a ser uno mismo*, 2012, p. 1-3. Y ver, también, la diferencia entre “tiempo adquisitivo” y “tiempo consuntivo” en: R. S. FERLOSIO, *Vendrán más años malos...*, p. 45-46 (precisamente con una referencia a Machado); y en: *Ensayos y artículos*, II, Barcelona, Destino, 1992, p. 234-238.

<sup>37</sup> LVII, ii. Dos fragmentos más de Machado sobre el valor de «dar» en lo moral (contrario a lo económico) son éstos: “... A él [Unamuno] acudimos en demanda de auxilio espiritual y él siempre, en amable maestro, nos acoge. Mucha es su generosidad. Pero Unamuno sabe cómo *el espíritu es de suyo altruista*, y que *sólo se pierde cuando se guarda*. Tal vez por esto se da consejo y no dinero, y el que nos roba nuestra bolsa nos roba lo único que nos puede robar. *Es un maestro, en suma, alma a los cuatro vientos que en todas partes deja una semilla* (PPC, p. 1480). “Para nosotros, *la cultura ni proviene de energía que se degrada al propagarse, ni es caudal que se aminore al repartirse*; su defensa, obra será de actividad generosa, que lleva implícitas *las dos más bondas paradojas de la ética: sólo se pierde lo que se guarda, sólo se gana lo que se da*” (PPC, p. 2204).

tes que nos llevan), la afirmación de la libertad implica ver al hombre no tanto como un ser inerte (un «ser para la muerte») sino como un ser para el nacimiento y la iniciativa. Frente a la condición mortal, la *condición natal* es el símbolo biológico de la categoría de principio, propia de la libertad. Tal como dijo una vez don Luis de Góngora:

Caso que fuera error, me holgara de haber dado principio a algo; pues es mayor gloria en empezar una acción que consumarla. (37bis)

No siempre el tiempo es «el homicida» (38); y no siempre el mar es el lugar del temor y la muerte. En la obra de Machado, el río y el mar se implican y, en virtud de su vigor personal, su simbolismo fue más complejo en él que en Manrique que, sin embargo, representa uno de los hilos más persistentes de nuestra tradición. Para Machado, el mar es también la vida, y simboliza el “en donde” en que nacen “milagrosamente” las iniciativas.

Dios *no es* el mar, *está en* el mar; *riela / como luna en el agua, o aparece / como una blanca vela;* / en el mar se despierta o se adormece. Creó la mar, y *nace / de la mar, cual la nube o la tormenta;* / es el Criador y la criatura lo hace; / *su aliento es alma, y por el alma alienta...* (CXXXVII, v)

El mar es la «existencia» donde se dan y se descubren las exigencias y las llamadas interiores, indirectas o con algo invisible, como la luna que riela, la blanca vela o la nube, la tormenta o el viento.

Al combinar el caminar y el mar, Machado rebasó el simbolismo manriqueño en el que el río y el mar se reparten el terreno de forma demasiado clara (el río, la vida, y el mar, el morir).

¡Oh fe del meditabundo! / ¡Oh fe después del pensar! / Sólo si viene un corazón al mundo / rebosa el vaso humano / y se hincha el mar. (CXXXVI, xxxii)

---

37bis En: Luis de GÓNGORA, *Soledades*, Madrid, Cátedra, 1980, Introducción de John Beverley, p. 56, sin referencia. Debo la idea de la “condición natal”, a Hannah Arendt. Ver: *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993 (1958), p. 200-202.

38 CLXIV, ii; *PPC*, p. 650.

*(m) Orientación y perdición*

Orientarse y perderse no fueron verbos contrarios para Machado. Perderse significaba salir de sí y orientarse hacia la “esencial *heterogeneidad* del ser”. Machado, aun siendo hijo del idealismo (por lecturas, cultura y sensibilidad), descubrió lo positivo de la *exterioridad* cuya valoración negativa trascendió gracias a unir dicha exterioridad con la alteridad y la objetividad. El hombre es más objetivo cuanto más interior (que no subjetivo) es.

Machado se desmarcó de la ideología contemporánea que, de diferentes maneras, exalta al sujeto pero de forma que olvida, por una especie de prejuicio, la posible cualidad de lo exterior, de lo que desde fuera nos atrae y nos hace salir. Dicho *a priori* proviene de imaginar lo exterior como el espacio de lo genérico, lo impersonal e institucional, y de pensar que libertad y autoridad (o llamada) son conceptos opuestos cuando, de suyo, no lo son. Es libre quien sabe quién es autoridad para él y, por tanto, quién no lo es. Prueba de ello es el famoso verso del *Mío Cid* («¡Dios, qué buen vasallo si hubiera buen señor!») así como la tradición del “amor cortés” o el apelativo de «señor de mi amor» con el que un autor de hace poco se dirigía a su padre (39).

Machado cuestionó este *a priori* o prejuicio, digamos que moderno, primero, por su fidelidad a Dante (y al amor cortés) a la hora de componer algunos de sus versos («Perdón, *madona* del Pilar si llego... » (40)) y, segundo, y no sin humor, mediante poemas como aquella «insondable solear» que, según él, inspiró toda la metafísica de su apócrifo Abel Martín, acerca de la «esencial *heterogeneidad* del ser»:

Gracias Petenera mía: / en tus ojos me he *perdido*; / era lo que yo quería. (41)

Otros epigramas también le ayudaron a valorar el afuera:

Los ojos en el espejo / son ojos ciegos que miran / los ojos con que los veo.

39 Agustín GARCÍA CALVO, *Relato de amor*, Zamora, Lucina, 1980, p. 13.

40 PPC, 817.

41 CLXVII, PPC, p. 672 y 680.

Y en la cosa *nunca* vista / de tus ojos me he *buscado*: / en el ver con que me miras. (42)

Perderse es, pues, un bien que Machado, como varón, descubre, para empezar, en el «mar de la mujer» (43). Luego, con el tiempo, la analogía hará su labor y serán los otros y Dios quienes lo atraigan discretamente, tal como simbolizan los fenómenos del mar (blanca vela, nube, tormenta, etcétera).

(n) *El no saber y el afirmar*

Caminante, *no hay* camino (...) *son* tus huellas / el camino y *nada más* / (...) *se hace* camino al andar... / ... *no hay* camino / *sino* estelas en la mar.

El significado del «*no hay* camino» es que no hay método, técnica ni ascesis (antigua o moderna), ni tampoco ciencia, discurso o discernimiento que suprima el riesgo y resuelva el ser hombre. En la vida y en la búsqueda espiritual, no hay conocimiento fijo, ley previa ni tradición cierta. Lo propiamente humano trasciende lo social y general, y sólo hay transmisión indirecta, de corazón a corazón, como en la filiación y paternidad espirituales, pues «lo esencial no se enseña». No hay seguridad antes de dar un paso porque, como decía Légaut (y también Spong), la «maravillosa inseguridad» es intrínseca en la fe y «*donde no hay riesgo, no hay vida espiritual*». Machado es afín a ellos en esto.

Sin embargo, aunque afirma un «no hay», también afirma: «*son* tus huellas...», «*se hace* camino...» y hay «*estelas*». Lo negativo, el «no hay camino», no significa que no haya (como también afirman Légaut y Spong) vestigios, huellas, referencias, recuerdos, parábolas, detalles, indicios, historias, encuentros, personas, algo real pero pre-

---

42 PPC, 672.

43 – “*En el mar de la mujer / pocos naufragan* de noche; / muchos, al amanecer” (PPC, p. 683). – “La mujer / es el anverso del ser” (PPC, p. 673). – “Dicen que el hombre no es hombre / *mientras no oye su nombre* / de labios de una mujer. / Puede ser” (PPC, p. 713). – “Y te enviaré mi canción: / *se canta lo que se pierde*», / con un papagayo verde / que la diga en tu balcón” (PPC, p. 732). Y Mairena enunció una vez, como tema de una de sus clases: “La mujer, como invención del Cristo” (PPC, p. 1969).



cario como las miguitas de Pulgarcito. Machado, en este sentido, siempre es afirmativo al final. Por ejemplo: aunque avisa sobre sus consejos, *atestigua* lo vivido (i); aunque enseguida da cabida a lo contrario, *afirma* algo antes (ii); aunque incita al riesgo y a la pasión, defiende lo impuro necesario (iii); aunque mira sin autodefensas lo irreparable e irreversible, da «tiempo al tiempo» (iv); y aunque es escéptico, lo es de una forma especial (v). Todo ello, formas concretas de *caminar con medida en el mar sin medida*, porque, como ya vimos, la prudencia, para él, coincide con el valor:

Es el mejor de los buenos / quien sabe que en esta vida / todo es cuestión de medida: / *un poco más, algo menos...* (CXXXVI, xiii)

Veamos, pues, estos cinco elementos de vaivén y de medida.

(i) *Escuchar «consejo que es confesión»*

En proverbios como éstos aparece la afirmación y la medida:

Como Don Sem Tob, / *se tiñe las canas*, / y con más razón. (44)

Doy consejo a fuer de viejo: / *nunca* sigas mi consejo.

Pero tampoco es razón / desdeñar / *consejo* que es *confesión*. (CLXI, lxi, xciv, xcv)

El vaivén negativo y positivo del «no hay camino» pero «hay estrellas» es, al final, «confesión», y, como tal, es un «consejo» o una exhortación, como el no juzguéis, no condenéis, haceos como niños, no temáis, no atesoréis, no calculéis, no comparéis, no seáis, no acumuleis; que no son mandatos de una ley.

(ii) *Pensar algo y su contrario*

Un *consejo* famoso de Machado es:

Busca a tu complementario, / que marcha siempre contigo, / y suele ser tu contrario. (CLXI, xv)

<sup>44</sup> Dom SEM TOB, en sus *Proverbios Morales*, de 1350-1369, dice: «Las canas me las teñí, no para renegar de ellas ni, por disimularlas, parecer joven // sino con temor harto grande de hombres que buscarían en mí juicio de viejo, y no lo hallarían» (edición crítica y versión de A. García Calvo, Zamora, Lucina, 2000, p. 199).

Su fuente son diversas y reiteradas confesiones:

Nunca estoy más cerca de pensar una cosa que cuando he escrito la contraria (45). – En mi soledad, / he visto cosas muy claras, / que no son verdad. (CLXI, xvii). – ... el *sin embargo* de Mairena era siempre *la nota del bordón de la guitarra de sus reflexiones*. – Es evidente, decía mi maestro –y cuando mi maestro decía *es evidente*, o no estaba seguro de lo que decía, o sospechaba que alguien pudiera estarlo de la tesis contraria a la que él proponía–, ... (46)

(iii) *La «creación apasionada» y lo impuro necesario*

En el caso del riesgo y de la pasión necesarios para caminar sobre el mar, lo mejor son estos versos:

Huye del triste amor, amor pacato, / sin peligro, sin venda ni aventura, / que espera del amor prenda segura, / porque *en amor locura es lo sensato*... (CLXV, v)

Y también la sentencia:

Porque *sólo la creación apasionada triunfa del olvido* (47).

Con todo, el *quid* está en el *tiempo*, que es una de las formas de lo “impuro necesario” o del valor medial de lo corporal y material, incluida la repetición verdadera. Machado afirma el valor medial de lo corporal mediante la parábola kantiana de la paloma, que,

... al sentir en las alas la *resistencia* que le opone el aire, *sueña que podría volar mejor en el vacío*. Así ilustra Kant su *argumento* más decisivo *contra* la metafísica dogmática, que pretende elevarse a lo absoluto por el vuelo imposible del intelecto discursivo en un vacío de intuiciones. (...) existe –creo yo– una paloma lírica que suele *eliminar el tiempo* para mejor elevarse a lo eterno y que, como la kantiana, *ignora la ley de su propio vuelo*. (48)

La lección de Kant y la consiguiente objeción machadiana a la «poesía pura», que «ignora la ley de su propio vuelo», tiene valor uni-

---

45 PPC, p. 1188.

46 Ver: PPC, p. 2001 y 2031.

47 PPC, p. 1942; JM I, VIII, 3. Ver, más adelante, Nota 121.

48 La “Poética” de 1932 desarrolla muy bien, en síntesis, esta idea de Machado (PPC, p. 1802-3).

versal. Vale en el amor (cuando el amor “puro” no se entiende que busque y confíe en encontrar una repetición verdadera) y vale también en una espiritualidad y en un silencio “puros” que conciben y buscan un ser y un vacío ajenos al esfuerzo por la comunicación y por la expresión y a la actividad discursiva que busca la claridad.

Considerar este esfuerzo de expresión y esta actividad discursiva como algo secundario (y no segundo o anterior, que es lo que es) implica una valoración negativa excesiva, que conlleva comprender lo espiritual y el silencio como *detención e interrupción* de actividades que se juzgan ser siempre inferiores, impuras y superficiales, como el «yo», por creer que dichas actividades *siempre* distraen de lo valioso, al que, además, creemos poder acceder *sin* ellas, *directamente*. La reflexión de Machado sobre Kant descubre que hay, en este tipo de discurso, mucho de creencia fácil. Porque *no siempre* la comunicación, el yo y el discurso son superficiales e impuros, y creer que lo son conduce fácilmente a un silencio perezoso y a un vacío engañoso por ignorar «la ley de su propio vuelo». El silencio y el vacío plenos no niegan el sujeto, el conocimiento, las palabras y los afectos, y la expresión que busca ser amistosa con lo real; no ignoran el valor medial del análisis y de la precisión que la comunicación requiere. Por eso este silencio y este vacío se dan no tanto como detención o interrupción sino como *continuación* en otro plano de paz y de reposo (49).

(iv) «Dar tiempo al tiempo»

La imagen del hombre sobre el mar (que no sabe pero que afirma) se enriquece con el no tener prisa y dar tiempo al tiempo. Así es como Machado llegó a dominar el sentimiento negativo que suele ir adherido a la idea de lo irreparable del «nunca jamás».

*Fugit irreparabile tempus.* He aquí un latín que *siempre me ha preocupado hondamente. Pero mucho más* este dicho español: «dar tiempo al tiempo». Meditad sobre lo que esto puede querer decir. (49bis)

<sup>49</sup> Ver el estudio postliminar a *Plegarias de hombre*, Madrid, AML, 2000, p. 71.

<sup>49bis</sup> PPC, 2314.

El poema que mejor expresa que Machado busca superar el sentimiento de angustia adherido al «latín» de Virgilio es de un solo verso:

Hoy es siempre todavía. (CLXI, viii)

Machado «da tiempo al tiempo» y no cierra ni concluye. Hay un determinado estilo de dar tiempo al tiempo que le place: no tener prisa, gustar de la lentitud acompañada de un sentimiento distendido y de cierto humor:

Sus cantares llevan / agua de remanso, / que parece quieta. / Y que no lo está; / *mas no tiene prisa* / por ir a la mar. (CLXIV, xiii, 6)

Crea el alma sus riberas; / montes de ceniza y plomo, / sotillos de primavera. (CLXIV, xvi, 3)

(v) «*Aprende a dudar*»

El socratismo de Machado incluye un determinado escepticismo.

Caminante, son tus huellas / el camino, y *nada* más (CXXXVI, xxix)

Su escepticismo de buena ley le ayuda a mantener la mente alerta, y a criticar al mismísimo Sócrates:

Sabido es que Mairena sostuvo, alguna vez, que el dicho socrático «sólo sé que no sé nada» contenía *la jactancia de un excesivo saber* puesto que olvidó añadir: «y aun de esto mismo no estoy completamente seguro». <sup>(50)</sup>

Frente a una «jactancia» así es como resalta que Machado gustase de citar con frecuencia unos versos irónicos, de su propia cosecha:

... *Confiemos / en que no será verdad / nada de lo que pensamos.* <sup>(51)</sup>

Su falta de adhesión a su propio pensamiento, sin embargo, no significaba indecisión. Su escepticismo no fue sino una forma de trascender su pensamiento. Según él, aunque «la inseguridad, la incerti-

---

<sup>50</sup> PPC, p. 2384.

<sup>51</sup> En CXXXVI, xxxi (PPC, p. 576), Machado dice «Confiemos / en que no será verdad / nada de lo que *sabemos*» pero en otros momentos dice «pensamos» (PPC, p. 691, 1602, 2384).

dumbre, la desconfianza, son acaso nuestras únicas verdades...» (52), «el escepticismo (...), lejos de ser, como muchos creen, un afán de negarlo todo, *es, por el contrario, el único medio de defender algunas cosas*» (53). Recordemos, pues, algunos pensamientos suyos acerca del escepticismo de buena ley que él buscaba y que era una forma de caminar en el mar de sus reflexiones:

Yo os aconsejo, más bien, *una posición escéptica frente al escepticismo.*

*Aprende a dudar, hijo, y acabarás dudando de tu propia duda.* De este modo premia Dios al escéptico y confunde al creyente.

*Nunca os aconsejaré el escepticismo cansino y melancólico de quienes piensan estar de vuelta de todo.* Es la posición más falsa y más ingenuamente dogmática que puede adoptarse. Ya es mucho que vayamos a alguna parte...

Sería conveniente (...) que el hombre más o menos occidental de nuestros días, ese hombre al margen de todas las iglesias –o incluido sin fe en alguna de ellas– que ha vuelto la espalda a determinados dogmas, intentase *una profunda investigación de sus creencias últimas.* Porque todos –sin excluir a los herejes, coleccionistas de excomuniones, etc– *creemos en algo*, y es este algo, a fin de cuentas, lo que pudiera explicar el *sentido* total de nuestra conducta. Sin una pura investigación de las creencias, que sólo puede encomendarse a los escépticos propiamente dichos, carecemos de una norma medianamente segura para juzgar los hechos más esenciales de la historia.

Alguien preguntó a Mairena: ¿por qué han de ser los escépticos los encargados de investigar nuestras creencias? Respondió Mairena: nuestras creencias últimas, a las cuales mi maestro y yo nos referimos, no son, no pueden ser aquellos ídolos de nuestro pensamiento que procuramos poner a salvo de la crítica, mucho menos las mentiras averiguadas que conservamos por motivos sentimentales o de utilidad política, social, etc., sino *el resultado, mejor diré los residuos de los más profundos análisis de nuestra conciencia. Se obtienen por una actividad escéptica honda y honradamente inquisitiva que todo hombre puede realizar –quién más, quién menos– a lo largo de su vida.* La buena fe, que no es la fe ingenua anterior a la reflexión, ni mucho menos la de los pragmatistas, siempre hipócrita, es el *resultado del escepticismo, de la franca y sincera rebusca de la verdad.* Cuanto subsiste, si algo subsiste, tras el análisis exhaustivo o que pre-

52 JM I, XLIV, 2-3; PPC, p. 2096.

53 JM, I, XII, 1; PPC, p. 1952.

tende serlo, de la razón, nos descubre *esa zona de lo fatal* a que el hombre de algún modo presta su asentimiento. Es la zona de la creencia, luminosa u opaca –*tan creencia es el sí como el no*– donde habría que buscar, según mi maestro, el *imán* de nuestra conciencia.

... Volverá el Cristo a nacer entre nosotros, los escépticos, que guardamos todavía un rescoldo de buena fe. *Todo lo demás, es ceniza*: no sirve ya para la nueva hoguera. <sup>(54)</sup>

La inquietud, la duda y el escepticismo de buena ley, que hacen que el hombre que piensa y vive dude de su propia duda y sea escéptico de su propio escepticismo, son afines a una de las razones de la distinción entre fe (como actitud fundamental del hombre ante la vida) y creencia en unas creencias determinadas: que esta última es una adhesión de orden intelectual y afectivo que, muchas veces –no siempre–, no atañe al ser profundo del sujeto, que es del orden de la memoria más que de la inteligencia o de la voluntad.

Machado no formuló explícitamente la distinción entre fe y creencia pero su forma de examinar las creencias la incluye y la importancia de la figura del hombre que camina sobre el mar la corrobora además. En este mismo sentido (de distinguir fe y creencia en unas creencias), van la inquietud, la duda y el escepticismo de buena ley que han sido el último aspecto con el que hemos querido enriquecer la figura de caminar sobre las aguas y una forma de ser humano que no sólo no se hunde ni naufraga sino que deja tras de sí «estelas»: esos «residuos de los más profundos análisis de nuestra conciencia» que son su «imán» y a los que uno «presta su asentimiento» como lo presta a la «ola humilde» «de unas pocas palabras verdaderas» que a los labios nos vienen, en ocasiones, por obra de la mano «del sembrador de estrellas» <sup>(55)</sup>.

---

<sup>54</sup> JM, I, XVII, 1; PPC, p. 1974 / JM II, I; PPC, p. 2312 / JM II, junio, 1937; PPC, p. 2334-5 / JM II, julio, 1937; PPC, p. 2338 / JM II, julio, 1937; PPC, p. 2340 / JM II, noviembre, 1937; PPC, p. 2351.

<sup>55</sup> LXXXVIII.

## II. «MORIR... ¿CAER COMO GOTA / DE MAR EN EL MAR INMENSO / O SER...?»

### 1. *Transición*

Una de las ideas de fondo de este trabajo es que Machado desarrolló poco a poco, junto al imaginario manriqueño (vidas como ríos «que van a la mar que es el morir»), el imaginario del mar que es más teresiano, según aquello de «las mismas vivas aguas de la *vida*» o «del ser». Participa de este imaginario de origen teresiano la figura del hombre que camina sobre las aguas, que Machado, como vimos, tomó de los evangelios y cuyo origen fue el recuerdo de Jesús por parte de las primeras comunidades judías de discípulos, que fueron las que fijaron esta imagen como un *midrash* concebido a partir de las viejas historias de Israel (el paso del mar Rojo, sobre todo), escuchadas los sábados en las sinagogas.

Una segunda idea de fondo de este trabajo es que este desarrollo de un segundo imaginario en torno al mar y a la figura del hombre caminando sobre las vivas aguas del ser o de la vida fue liberador y fecundo para Machado, por lo menos en dos sentidos: primero, porque influyó en el proceso de separar el primer imaginario (vidas como ríos, que van a dar a la mar, que es el morir) del sentimiento de angustia unido generalmente a él; y, segundo, porque Machado pudo descubrir, gracias a dicha figura, del hombre que camina sobre el mar, nuevas posibilidades imaginarias, tal como vamos a ver.

Y una tercera idea de fondo de este trabajo es que este proceso personal de Machado es un ejemplo del proceso del hombre que, según Légaut, *pasa* de la ideología a la fe, lo cual, en el caso particular de los cristianos, consiste en «la difícil y continua *mutación* de una religión de autoridad en una religión de llamada»<sup>(56)</sup>, o en la progresiva *conversión* (no moral) de ser un “creyente de creencias” (y de segu-

---

<sup>56</sup> Ver: CD 16, p. 26, y *Creer en la iglesia del futuro*, Madrid, AML, 2013, p. 178.

ridades) en un discípulo y un hombre de tradición y no de institución. Paso que, en ocasiones, hemos resumido con cuatro sintagmas del mismo Légaut: «delicada emancipación», «paulatina sustitución», «vigorosa independencia» y «maravillosa inseguridad» (57).

Pues bien, este paso, este proceso de conversión no moral sino de forma de ver y de sentir que decimos, lo ilustra especialmente, en Machado, el cambio que él dio en la forma de utilizar una imagen: la de la gota que se pierde en el mar inmenso. Frente a esta imagen, la de caminar el hombre sobre las aguas le sirvió para concienciar que, pese a lo que pudiera parecer, *hay un elemento activo en nuestro interior cuya realidad es capital reconocer y cuya afirmación es propia de la fe en sí mismo*. La gota que se pierde en el océano implicaba afirmar, en cambio, el ser *únicamente pasivo* del hombre dentro lo real; y concebir lo real como un todo (ya sea natural, como el cosmos, o social, como la historia o la sociedad); un todo en el que el sujeto no es nada pues el propio pensamiento parece poder ser explicado completamente, tal como afirma no la ciencia sino la ideología que pretende (indebidamente) basarse en ella, con una pasión que, sin embargo, no deja de ser sospechosa y dar que pensar.

El destino de la gota que desaparece fatalmente en el océano, igual que el singular desaparece en el todo, implica que la libertad, la capacidad de iniciativa y de creación, así como la responsabilidad, son nada o son una ilusión; y que no hay o que no “es” (o existe) lo que Légaut llamó la fe, es decir, la actitud fundamental del hombre ante la vida. La formulación teórica de esta visión de un destino fatal y predeterminado se suele plasmar en una teoría, religiosa o filosófica, oriental u occidental, que, en cualquier caso, afirma, de forma indiscutible, que el sujeto es puro reflejo y pura obediencia dentro del todo. Machado salió de esta forma de ver las cosas, y por eso vamos a ver ahora el proceso poético y reflexivo por el que don Antonio fue más allá de este tipo de ideología.

---

<sup>57</sup> Sobre los cuatro sintagmas, ver: *Llegar a ser uno mismo*, Madrid, AML, 2012, p. 182-183, y, en CD 21, p. 218, Nota 19.



## 2. Los dos primeros poemas

Los primeros poemas de Machado que incluyen la imagen de la gota reflejan muy bien tanto la idea implícita en ella como los sentimientos que la acompañan. El poema XIII de *Soledades, galerías y otros poemas*, de 1906, tiene, por ejemplo, versos como éstos:

... El agua en *sombra* pasaba *melancólicamente*, / bajo los arcos del puente, / como si al pasar dijera: / “Apenas desamarrada / la pobre barca, viajero, del árbol de la ribera, / se canta: *no somos nada*. / *Donde acaba el pobre río, la inmensa mar nos espera*.” / Bajo los ojos del puente pasaba el agua *sombría*. / (Yo pensaba: ¡el alma mía!) / Y me detuve un momento, / en la tarde, a meditar... / *¿Qué es esta gota en el viento / que grita al mar: “soy el mar”?* ...

Machado contempla el destino del hombre en clave manriqueña («nuestras vidas son los ríos, etcétera») y parece que no hay más. El tono es triste y el sentimiento, resignado: el «agua en sombra» y el «agua sombría» son «el alma» que fluye «melancólicamente». Somos una «pobre barca», una «gota en el viento», o «no somos nada» sino un «pobre río» hacia la «inmensa mar». Tan sólo existe el pensamiento y el interrogante airado de nuestra conciencia frente a su condición: «¿Qué es esta gota en el viento / que grita al mar: “soy el mar”? ...»

El poema XVIII (de título «El poeta» y de las mismas fechas) contiene versos parecidos. El poema habla del poeta, que, como Glauco en el mito, se enfrenta al Dios del mar que le ha arrebatado a su amada. Se nos cuenta que el poeta...

...mira, turbia la pupila / de llanto, el mar ... Él sabe que un Dios más fuerte, / con la sustancia inmortal está jugando a la muerte, / cual niño bárbaro. Él *piensa*... / que ha de caer *como rama que sobre las aguas flota, / antes de perderse, gota / de mar, en la mar inmensa*. (vv. 3-10)

La imagen es similar («rama que sobre las aguas flota», «antes de perderse», «gota de mar, en la mar inmensa») y también es similar el tono, mezcla de tristeza y de rebeldía tal como expresan unos versos posteriores donde se atribuyen al poeta dos sentimientos extremos: la resignación del Qohélet (el «sabio amargo») y la rebeldía de Unamuno:

Con el sabio amargo dijo: *Vanidad de vanidades, / todo es negra vanidad; / y oyó otra voz que clamaba, alma de sus soledades: / sólo eres tú, luz que fulges en el corazón, verdad.* (vv. 24-25)

### 3. *Simbolismo acumulado en estos dos poemas*

Hay mucho pensamiento y mucho sentimiento en estos poemas así como en la tradición a la que pertenecen. En ella prevalece la ecuación de vidas como ríos y por eso, como el mar es entonces el morir, la otra ecuación (el mar de la vida teresiano) no aparece. Vamos a recordar las expresiones más memorables de esta tradición que hemos convenido en denominar manriqueña y en cuyo comienzo Machado gustaba situar el «*fugit irreparabile tempus*» de Virgilio (58). «Ya nuestra vida es tiempo», decía él (59). Los humanos, a diferencia del resto de los seres vivos, sabemos nuestro final y además lo sentimos en el doble sentido de que no sólo lo notamos sino que lo lamentamos con un sentimiento adherido de temor y de angustia. ¿Hace falta recordar aquí el estupendo poema de «Lo fatal», de Rubén Darío?

Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo, / y más la piedra dura porque esta ya no siente, / pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo, / ni mayor pesadumbre que la vida consciente...

Machado anotó, además, la actualidad de este pensamiento:

Los filósofos (...) irán poco a poco *enlutando* sus violas para *pensar*, como los poetas, en el «*fugit irreparabile tempus*». Y por este declive romántico, llegarán a una metafísica existencialista, fundamentada en el tiempo; algo, en verdad, poemático más que filosófico... (JM I, xxxiv; PPC, 2050).

Su pensar y su sentir se sitúan dentro de un momento de dicha tradición: «declive romántico», «metafísica existencialista». Pero Machado no leyó el verso de Virgilio (siglo I dC) desde el «declive

---

58 *Geórgicas*, III, 284.

59 XXXV: «Al borde del sendero un día nos sentamos. / *Ya nuestra vida es tiempo*, y nuestra sola cuita / son las desesperantes posturas que tomamos / para aguardar... Mas Ella no faltará a la cita».

romántico» (siglo XIX) y desde la «metafísica existencialista» (siglo XX) tan sólo. También lo leyó desde Jorge Manrique (final del siglo XV y pleno renacimiento):

Recuerde el alma dormida, / avive el seso y despierte, / contemplando / cómo se pasa la vida, / cómo se llega la muerte, / tan callando (copla I). Y: Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar, / que es el morir... (copla III)

Las cuatro primeras coplas contienen una consideración moral que llega hasta Góngora y Quevedo (siglo XVII), antes de pasar al romanticismo, y que viene de Séneca por lo menos, por el lado estoico (siglo I dC como Virgilio), y, por el lado hebreo, del círculo sapiencial de los “piadosos” (*jasidim*) en el que se compuso el *Ben Sirá* o *Eclesiástico* (siglo II aC), en donde leemos:

¿Qué es el hombre? ¿Para qué sirve? / ¿Cuál es su bien y cuál es su mal? / El número de los días del hombre / mucho será si llega a los cien años. / Como gota de agua del mar, como grano de arena, / tan pocos son sus años frente a la eternidad... (18, 8-10)

En este contexto, lo efímero e irreversible de nuestra condición valió no sólo como argumento moral para la privación de los bienes, pasajeros y perecederos y por tanto sin valor, sino también como argumento moral a favor de la prisa en la adquisición (más que disfrute) de dichos bienes, comprendidos asimismo más como valores que como bienes, pues los bienes, a diferencia de los valores, son independientes de un cálculo adquisitivo o privativo. El cálculo es propio de lo estoico y de lo epicúreo, que son los dos polos de una misma tendencia, afín, al parecer, a una previsión (religiosa) de cara a una salvación individual imaginada como una inversión en un más allá en el que se cree que se puede influir.

Independientemente de esto, los humanos hemos pensado y expresado *de muchas maneras* la fugacidad de lo humano y lo efímero y frágil de nuestra condición. Dos formas diferentes de hacerlo resplandecen en el museo del Prado, en dos de los más famosos cuadros del Bosco, con las imágenes del cristal y del heno; el cristal o las «pompas de jabón» de Machado; y el heno o el «¿qué son sino ver-

duras de las eras?» de Manrique. Y también podemos descubrir otras imágenes de dicha fugacidad en unos versos del libro de la *Sabiduría* –los preferidos de Buñuel (60)– o en la estupenda reflexión del jefe indio Pie de Cuervo (1821-1890):

¿Qué es la vida? – El destello de una luciérnaga en la noche. El aliento de un búfalo en invierno. La sombra que corre sobre la hierba y se pierde al final del día. (61)

Pero la imagen que sobresale en la tradición que hemos convenido en llamar manriqueña es la del *río*; imagen que es anterior a Virgilio y que se remonta a Heráclito y al *Eclesiastés*, pero que, desde entonces, ha experimentado un cambio importante, sobre todo en el sentimiento adherido. Citemos, remontando la corriente, algunas frases memorables que comparten el *sentir* de Manrique. Unos versos del capitán Andrés Fernández de Andrada, de un siglo y medio después de Manrique, sintetizan el sentir de todos:

Como los ríos que *en veloz corrida* / se llevan a la mar, tal *soy* llevado / al último suspiro de *mi* vida. (62)

Así como una anotación de Leonardo da Vinci (1442-1519), contemporáneo de Manrique, que respira la misma sensibilidad:

El agua que *tocamos* en los ríos es la postrera de las que se fueron y la primera de las que vendrán; así el día presente. (63)

---

<sup>60</sup> Ver: Luis BUÑUEL, *Mi último suspiro*, Barcelona, Plaza y Janés, 1982, p. 249. Y conviene leer: *Sabiduría*, 1, 12-2,20, y 5, 1-16. Y, para interpretar bien estos fragmentos e ir más allá del elemento ideológico que puede obstaculizar su lectura hoy, conviene consultar nuestro comentario en *CD 3*, p. 101.

<sup>61</sup> Ver referencias en: *Llegar a ser uno mismo*, Madrid, AML, 2013, p. 216.

<sup>62</sup> *Epístola moral a Fabio*, versos 76-78. La convergencia de lo estoico grecorromano y de lo cristiano se había consolidado en el Renacimiento y el Barroco, antes que en el Romanticismo o en el existencialismo, aludidos por Machado en un fragmento citado antes. Buñuel escogió el tercer verso de Fernández de Andrada como título de sus memorias (ver Nota 60).

<sup>63</sup> R. SÁNCHEZ FERLOSIO cita esto al comienzo de *El Jarama* (1955).

Mil años antes, san Gregorio Nacianceno (siglo IV dC) había dicho lo mismo pero con un punto moral distinto:

Nada constante: yo mismo, de *turbio* río corriente / siempre avanzando, jamás nada de firme a tocar...

Por su parte, Séneca (contemporáneo de Pablo) tiene unas líneas notables en las que recoge lo psicológico del paso del tiempo:

Ninguno de nosotros es el mismo que fue de joven, en la vejez; ninguno de nosotros es por la mañana el mismo que fue en la víspera. *Van arrebatados nuestros cuerpos a manera de ríos. Cuanto ves, corre con el tiempo; nada de las cosas que vemos permanece; yo mismo, mientras hablo de que cambian estas cosas, he cambiado. Esto es lo que dice Heráclito: «A un mismo río dos veces bajamos y no bajamos». Pues el nombre del río sigue el mismo (pero) el agua ha pasado.* (64)

Séneca no especifica si el cambio es a mejor o a peor pero, con el adjetivo de «arrebatados», nos da a entender que *siente* lo «irreparable» como Virgilio, Manrique y Machado. Y la versión popular de la sentencia de Heráclito nos transmite el mismo sentimiento. La identidad del sujeto se desea pero es imposible: uno *nunca* es dos veces el mismo; y nunca uno es dos:

«uno no puede entrar *dos* veces en el mismo río»; o «no podemos bañarnos *dos* veces en el *mismo* río».

Sin embargo, lo notable es que la frase de Heráclito el oscuro (siglo V aC) *no lleva adherido ningún sentimiento*. Su frase se limita a constatar, sin más, el hecho del cambio universal, y esta ausencia de

---

<sup>64</sup> “Nemo nostrum idem est in senectute qui fuit iuvenis; nemo nostrum est idem mane qui fuit pridie. Corpora nostra rapiuntur fluminum more. quicquid vides, currit cum tempore; nihil ex iis quae videmus manet: ego ipse, dum loquor mutari ista, mutatus sum. hoc est quod ait Heraclitus: ‘in idem flumen bis descendimus et non descendimus’. manet enim idem fluminis nomen, aqua transmissa est”.

La versión original de Heráclito, la sentencia popular que de él nos queda, así como la cita anterior de Gregorio Nazianceno y esto de Séneca, las tomo de la edición de Heráclito, *Razón común* que cito en nota siguiente.

sentimiento confiere a su aserto una *cualidad clásica* y no romántica, objetiva y no subjetiva:

En unos mismos ríos *entramos y no entramos, estamos y no estamos*. (65)

La misma cualidad, la encontramos en una breve fábula india:

Dos pájaros, siempre amigos y con igual nombre, subidos en el mismo árbol, uno de los dos toma el fruto de diferentes colores, el otro observa sin comer (66).

El primer verso de un cantar de Machado parece tener esta cualidad («todo pasa y todo queda») pero la pierde con lo que sigue («pero lo nuestro es pasar»). Machado, como veremos, alcanzará la cualidad de lo clásico en 1926. La misma cualidad que tiene el «estar en el mundo sin ser del mundo» del evangelio con tal de leerlo no según un punto de vista moral sino según el «tomar-dejar» de Bofill:

... la condición del espíritu en el mundo (la condición del hombre) es “incorporación-segregación”. (...) La actualidad o actuación de nuestra vida personal o espiritual (...) requiere siempre e intrínsecamente, en nosotros, la mediación de las realidades materiales. Mediación que no es otra cosa que una disponibilidad abierta a un uso que es, *idénticamente, tomar-dejar*. O, dicho con otras palabras: un uso que *no compromete nuestra libertad radical* (67).

Después de Heráclito, el *Eclesiastés* (s. IV aC) unió a esta imagen un primer sentimiento que, sin embargo, no fue de angustia sino de tedio y de escepticismo ante la circularidad y el retorno:

*Todos los ríos van al mar* y el mar nunca se llena; al lugar donde los ríos van, *allí vuelven a fluir*. Todas las cosas *dan fastidio*. Nadie puede decir que no se cansa el ojo de ver, ni el oído de oír. *Lo que fue, eso será; lo que se hizo, eso se*

---

65 GARCÍA CALVO, Agustín, *Razón común - Heráclito. Lecturas presocráticas II*, Zamora, Lucina, 1985, p. 184 y ss.

66 Citada en: Marià CORBÍ, *Hacia una espiritualidad laica*, Barcelona, Herder, 2007, p. 324.

67 Jaume BOFILL, «Hacia una espiritualidad familiar de orientación contemplativa» (1965), *CD 1*, 1994, p. 53.

*hará: nada nuevo* hay bajo el sol (Qohélet, 1, 7-9).

La misma circularidad, sin tedio ni lamentación, está en Homero (s. VIII aC), en una imagen que complementa la del río:

*Cual las hojas del árbol, tal es la existencia del hombre.* / Por el suelo los vientos esparcen las hojas; y el *bosque* / reverdece y produce otras hojas en la primavera. / De igual modo una generación nace y otra perece. (68)

Machado leyó las imágenes del bosque y del río no en su clave clásica (como el Eclesiastés u Homero, en los que lo que importa es la sucesión de las generaciones, el ciclo de las aguas y la pervivencia del hombre como pluralidad) sino desde su sensibilidad existencial ante lo efímero del hombre singular (es decir, según la clave virgiana, manriqueña, romántica y existencial). Su cita del verso de Homero apunta al «dentro» de cada hoja:

Sobre la muerte, señores, hemos de hablar poco. Sois demasiado jóvenes... Sin embargo, no estará de más que comencéis a reparar en ella como fenómeno frecuente y, al parecer, natural, y que recitéis de memoria el inmortal hexámetro de Homero: '*Como la generación de las hojas, así también la de los hombres*'. Homero habla aquí de la muerte como un gran épico que la ve *desde fuera* del *gran bosque humano*. Pensad en que cada uno de vosotros la verá un día *desde dentro*, y coincidiendo con una de las hojas. Y, por ahora, nada más. (JM I, xii; PPC, 1956).

#### 4. *El paso a una nueva posibilidad*

*¿Soy clásico o romántico? No sé.* Dejar quisiera / mi verso como deja el capitán su espada: / famosa por *la mano viril* que la blandiera, / no por el docto oficio del forjador preciada. (XCVII)

Su «mano viril» lo lleva a no ser un mero efecto de su subjetividad y de su época, y tener un punto crítico ante sí mismo. Por eso Machado quiere trascender lo existencialista y lo romántico y alcanzar lo clásico dentro de la tradición occidental.

Ha partido de dos poemas en los que el mar es el morir y la gota

68 *Ilíada*, canto VI.

carece de entidad, como las hojas. El «todo pasa y todo queda» es aún sólo genérico y no lo libera del hecho de que «lo nuestro es pasar» y que lo lamentemos. Sin embargo, en su obra, no siempre será como en estos dos primeros poemas. El sentir y el pensar de Machado van a cambiar y a avanzar mediante la imagen del hombre que camina sobre las aguas.

Un momento de inflexión podríamos localizarlo en el primer poema con la imagen de caminar sobre el mar («¿Para qué llamar caminos / a los surcos del azar?... / Todo el que camina anda, / como Jesús, sobre el mar»). «Los surcos del azar» parecen representar la objeción de lo insalvable de la fatalidad, la inercia y el determinismo. ¿Para qué llamar caminos a lo que son surcos como rieles? Sin embargo, los puntos suspensivos («...») indican el ínfimo espacio donde el hombre se para y el sentido pasa a depender de él. Es el lugar de la reflexión; y Machado elige y afirma: «el que camina anda». Es decir, no sólo hay inercias y roderas sino iniciativa; hay un estar en acto y un inventar: si no hay caminos, hay estelas; y si hay caminos, hay formas de recorrerlos. Siempre tenemos la libertad de escoger qué hacer con lo que se nos impone y cómo tomárnoslo.

Que Machado mencione a Jesús y formule una sentencia universal a favor del ser en acto (andar) no es baladí. Por eso podemos leer los dos versos finales del cantar de antes («pasar haciendo caminos, / caminos sobre la mar» CXXXVI, xlv) como expresión de su decisión y de su búsqueda de un sentir y de un pensar que trasciende la clave manriqueña (fugacidad lamentada o utilizada por una moralidad filosófica o religiosa). Gracias a la imagen de Jesús, Machado desarrolla una clave nueva y descifra de otro modo el «enigma grave» del hombre. Según Manrique, los ríos son la vida y la mar es el morir. Pero Machado dibuja al hombre de otro modo gracias a la clave de Teresa: el hombre *vive* en el mar, camina en él. Vivir siendo un “ser viviente” y no un “ser vivido” se da *en* la vida (incluido el último acto de la misma) o no se da.

Machado debió de captar las posibilidades de la expresión de Teresa, que situó el «castillo interior» del alma (y sus moradas, por las



que uno avanza) en medio de «las *mismas vivas aguas de la vida*, que es Dios» (69). Machado no llamó “vida” a Dios, como Teresa, sino que coincidió con ella en situar al hombre *en medio* de un movimiento aparentemente sin rumbo y de puro vaivén, en el mar de la vida. Machado permanece en lo medial y humano y deja lo teológico. Para él, así como el mar no es la muerte, también «Dios *no es* el mar, *está* en el mar...» (CXXXVII, v). Escoge ver la vida como un medio durativo, imperfecto y sin fin, como el mar, y no sólo como una corriente sucesiva, como un río. El acto final, que en la imagen del río es «ir a parar» o desembocar, en la imagen del mar es *naufregar*; y el miedo a naufragar de nada sirve una vez sabemos que estamos embarcados.

Cuatro cosas tiene el hombre / que no sirven en la mar: / ancla, gobernalle y remos, / y miedo de *naufregar*. (CXXXVI, xlvii)

### 5. *La nueva posibilidad*

Machado pasó un umbral capital al componer el tercer poema:

Morir... ¿Caer como gota  
de mar en el mar inmenso?

<sup>69</sup> Sobre la expresión de Santa Teresa, citada por Machado, ver: Domingo MELERO, «A pocos pocos. En recuerdo de Antoni Pascual», *CD 14*, 2002, p. 185: «Aficionado a las imágenes del agua gracias a la familiaridad con la obra de Antonio Machado (...), una tarde quise comprobar la expresión de santa Teresa preferida de don Antonio: «*las mismas vivas aguas de la vida*» y, una vez más, constaté que nunca están de más estas comprobaciones porque Machado debió de citar de memoria, y su instinto poético lo debió de llevar a introducir una pequeña variante en el orden de las palabras. Machado escribió «*las mismas vivas aguas de la vida*» donde santa Teresa había escrito «*las mismas aguas vivas de la vida*». La expresión de Machado es más poética oída fuera de contexto, y la de santa Teresa suena mejor en su propio contexto (y es más bíblica): «Antes que pase adelante, os quiero decir que consideréis qué será ver este Castillo, tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de la vida, que está plantado en las mismas *aguas vivas* de la vida, que es Dios». Como ya indicamos, Machado cita la expresión de santa Teresa (*Castillo interior* o *Las moradas*, I, cap. II), en su “Poética” de 1931 y en la importante “Miscelánea apócrifa” del Juan de Mairena II, sobre Unamuno, Bergson y Heidegger, fechada el 12/1937-01/1938 (ver: *PPC*, p. 2360-8).

¿O ser lo que nunca he sido:  
uno, sin sombra y sin sueño,  
un solitario que avanza  
sin camino y sin espejo? (70)

«Ser lo que nunca he sido». Nos cuesta pensar que esto pueda ser bueno. No obstante, la fuerza de una imagen contrarresta la fuerza de la anterior. Aunque Machado sólo mencione al comienzo el mar y lo haga según la imagen consabida («gota de mar en el mar inmenso»), y aunque del solitario no nos diga que avance sobre el mar, no ser una gota inerte y ser lo que nunca he sido no puede ser en otro medio. Frente al pesimismo de la gota en el mar (que, como decía un amigo, cree en el dogma de la muerte inmortal), surge una posibilidad: «ser lo que nunca he sido», que comporta una nueva comprensión, fruto, en el fondo, de una opción, y que es acorde con lo que Machado llama la «esencial *heterogeneidad* del ser». Significa salir de sí y ser otro tal como ya lo había experimentado en el amor y el cuidado de Leonor, tiempo inolvidable (71). La heterogeneidad del ser cambia el «morir» pues hace ver que «algo inmortal hay en nosotros»:

La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya. No creo que haya nada extraordinario en este sentimiento mío. *Algo inmortal hay en nosotros que quisiera morir con el que muere. Tal vez por eso viniera Dios al mundo.* Pensando en esto me consuelo algo. Tengo a veces esperanza. Una fe negativa es también absurda. Sin embargo, el golpe fue terrible y no creo haberme repuesto. Mientras luché a su lado contra lo irremediable, me sostenía mi conciencia de sufrir mucho más que ella, pues ella, al fin, no pensó nunca en morirse y su enfermedad no era dolorosa. En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de

---

<sup>70</sup> CXXXVI, xlv. El poema es de 1913, un año después de la muerte de Leonor.

<sup>71</sup> «Abel tendió su mano / hacia la luz bermeja / de una caliente aurora de verano, / ya en el balcón de su morada vieja...» (CLXXV, vv. 73 y ss). Ver, más arriba: I. B. 9. (j)

<sup>72</sup> PPC. p. 1537.

recobrar. Paciencia y humildad. En fin, querido Don Miguel, quería V. carta mía y acaso le he complacido hasta el abuso... (72)

La cuestión del otro al que se quiere es *fermento* de una afirmación desnuda que rechaza el escepticismo radical. «Ser lo que *nunca* he sido» (junto con que el otro sea lo que *nunca* ha sido) es una alternativa impensada, es como «el rayo de un camino en la montaña» (73), es el rechazo del bostezo del «vanidad de vanidades, todo es vanidad». La posibilidad impensable trasciende la fatalidad de la gota de mar en el mar inmenso. La vida del hombre es, entonces, lo desconocido pero no lo sombrío: el tono global de la nueva posibilidad no es negativo sino de indagación.

Hemos de volver –añadía Mairena– a *pensar la conciencia como una luz que avanza en las tinieblas, iluminando lo otro, siempre lo otro...* Pero esta concepción tan luminosa de la conciencia, la más poética y la más antigua y acreditada de todas, es también la más *oscura*, mientras no se pruebe que hay una luz capaz de ver lo que ella misma ilumina. Y era esto, acaso, lo que *pensaba* mi maestro, *sin intentar la prueba*, cuando aludía a la conciencia divina o a la divinización de la conciencia humana tras de la muerte, en aquellos sus versos inmortales: «Antes me llegue, si me llega, el *Día*, / la *luz* que ve, increada». (74)

Incluso el «*nunca*» (el adverbio de la nostalgia y de lo irreparable) *cambia* y pasa a ser el adverbio de la libertad y de la fe («lo que *nunca* he sido»). Ser «uno» y ser un «solitario» es condición de posibilidad y consecuencia de ser en relación antes. La vida se recorre «*à deux*» hasta el final en el mejor de los casos hasta que los últimos pasos se dan no «de dos en fondo» sino «en fila de a uno» (75).

«Ser lo que nunca he sido» es una nueva posibilidad que Machado glosa, en este poema, no con la imagen de caminar sobre las aguas sino con cuatro negaciones básicas: ser «uno, *sin* sombra y *sin* sueño», ser «un solitario que avanza *sin* camino y *sin* espejo». «Ser

73 CLXXVI.

74 JM I, xxii; PPC, p. 1999. Machado vuelve sobre esto en: PPC, p. 2031. Los dos versos pertenece a CLXXV, “Muerte de Abel Martín”, PPC, p. 734.

75 Ver esta observación de Légaut (CD 17, p. 61).

lo que *nunca* he sido» pasa, pues, por trascender *cuatro símbolos* (sombra, sueño, camino y espejo) de obstáculos muy variados. Los cuatro términos son la imagen de aquello de lo que la vida, en su último acto, nos desnuda: obstáculos y quizá engaños que, sin embargo, mientras vivimos, en parte nos protegen y constituyen al par que, en parte, nos recluyen (76). No nos podemos alargar estudiando lo que Machado dijo de estos cuatro elementos pues cada uno de ellos sería todo un capítulo. La «sombra», ya la hemos mencionado. También el «sueño» en la imagen del vigía que mira despierto y escucha a orillas del gran silencio. Del «camino» también hemos hablado, y también hemos mencionado la imagen del «espejo» junto con la paradoja de los ojos que miran sin ver. Nos limitaremos a recordar un soneto sobre el «espejo» como impedimento de poder mirar, limpios los ojos, y de poder salir hacia la heterogeneidad del ser:

*Nel mezzo del cammin* pasóme el pecho / la flecha de un amor intempestivo.  
/ Que tuvo en el camino largo acecho / mostróme en lo certero el rayo vivo.  
// Así un imán que, al atraer, repele / (oh claros ojos de mirar furtivo), /  
amor que asombra, aguija, halaga y duele, / y más se ofrece cuanto más  
esquivo. // *Si un grano del pensar arder pudiera*, / no en el amante, en el amor,  
sería / la más honda verdad la que se viera; / y el espejo del amor se quebraría,  
/ roto su encanto, y roto la *pantera* / de la lujuria el corazón tendría. (77)

El poema es difícil por los cambios en el orden de las palabras (los hipérbatos). Pero esta dificultad ayuda a comprender el esfuerzo que conlleva vivir. Con todo, el sentido profundo del poema puede captarse: el espejo simboliza la ceguera de un deseo egocentrado («el espejo del amor», «la pantera de la lujuria») cuya satisfacción reduce al otro a puro objeto lo mismo que la avaricia o la gula reducen el ser de lo otro impersonal a pura mercancía, y al hombre a puro depredador que en el fondo se autodevora por su sólo interés por sí mismo. Según la glosa de Machado, el amante debe renunciar a «cuanto es

---

76 «Vivimos en un mundo esencialmente apócrifo» y esto «es algo terrible, o consolador. Según se mire» (JM I, xxiii; PPC. p. 1998).

77 PPC, p. 679, CLXVII, xi.

espejo en el amor» para comenzar «a amar, en la amada, lo que, *por esencia*, no podrá *nunca* reflejar su imagen». Sin embargo, esta renuncia es algo segundo; procede de una luz anterior. Los «limpios de corazón» ven lo real y su misterio de forma objetiva, pero según una «objetividad» que no es lo que solemos entender por tal. Si el pensamiento estuviese a la altura del amor, «sería la más honda verdad lo que se viera», «limpios los ojos que miran en el tiempo».

### 6. *La figura de Giner de los Ríos*

En 1915 falleció Giner, su maestro en la Escuela de la Institución y el mentor que lo había animado a obtener plaza de profesor para poder seguir su camino de poeta. Machado vio hecho realidad, en Don Francisco Giner, el «ser lo que nunca he sido» del poema. Fallecido tres años después de Leonor, Machado le dedicó un poema y una semblanza. El poema comienza como una «florequilla» franciscana y por eso no debe extrañar que la *luz* de la mañana hable:

Como se fue el maestro, / la luz de esta mañana / me dijo: – Van tres días / que mi hermano Francisco no trabaja. / ¿Murió?... – *Sólo sabemos / que se nos fue por una senda clara*, / diciéndonos: – Hacedme / un duelo de labores y esperanzas. / Sed buenos y no más, sed lo que he sido / entre vosotros: alma. / Vivid, la vida sigue, / los muertos mueren y las sombras pasan; / *lleva quien deja y vive el que ha vivido*. / ¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas! (78)

Ante la pregunta de la luz acerca de si «murió», Machado responde con una «senda clara» distinta del desaparecer de la gota en el océano. Luego, en la semblanza, tras unas líneas sobre el magisterio de Giner (que recuerda la paternidad y filiación de Légaut (79)), Machado es más explícito aún y se niega a creer en el dogma de la muerte inmortal en el caso de su maestro:

Don Francisco Giner (...) creía que la ciencia es (...) una semilla que ha de

78 CXXXIX.

79 Ver *HBH*, cap. XI y *Llegar a ser uno mismo*, 2012, p. 86.

germinar, florecer y madurar en las almas. *Porque pensaba así, hizo casi tantos maestros como discípulos tuvo.* [...] Y hace unos días se nos marchó, *no sabemos adónde. Yo pienso que se fue hacia la luz. Jamás creeré en su muerte.* Sólo pasan para siempre los muertos y las sombras, los que no vivían la propia vida. Yo creo que sólo mueren definitivamente, sin salvación posible –perdonadme esta fe un tanto herética–, los malvados y los farsantes... (80)

«Hace unos días *se nos marchó, no sabemos adónde.* Yo pienso que se fue hacia la luz», y añade: «*Jamás creeré en su muerte.*»

Machado ya había negado la *creencia en la muerte* cuando Leonor:

... Late, corazón... No todo / *se lo traga* la tierra (CXX). – ... Vive, esperanza, ¡quién sabe / *lo que se traga* la tierra! (CXXII). ... *No todas vais al mar,* aguas del Duero (PPC, 758).

Con Giner, la negación se enriquece con dos elementos descriptivos: «se fue *hacia la luz*» y «se nos fue *por una senda clara*». Y recordemos: «senda clara» es una expresión que Machado repetirá en su despedida de Guiomar (1935):

Sé que habrás de llorarme cuando muera / para olvidarme y, luego, / poderme recordar, limpios los ojos / que miran en el tiempo. / Más allá de tus lágrimas y de / tu olvido, en tu recuerdo, / *me siento ir por una senda clara,* / por un «Adiós, Guiomar» enjuto y serio (JM I, viii).

Es la senda de quien piensa que es posible caminar sobre el mar y «ser lo que nunca he sido». Algo que Machado deseó para sí ya al final de su autorretrato de 1907: «ligero de equipaje, casi desnudo, *como los hijos de la mar*» (XCVII). «Ligero» y «casi»: siempre la modestia machadiana; el tono épico no le sienta bien a quien ansía avanzar sin sombra y sin sueño, sin camino y sin espejo. De sí dirá:

Con el incendio de un amor, prendido / al turbio sueño de esperanza y miedo, / *yo voy hacia la mar, hacia el olvido* (...) *No me llaméis, porque tornar no puedo.* (CLXIV, xv, 3)

La augusta confianza / a ti, Naturaleza, y paz te pido, / mi tregua de temor

---

80 PPC, p. 1575-77.

y de esperanza, / *un grano de alegría, un mar de olvido...* (CLXIX).

Retengamos, para más adelante el olvido («hacia la mar, hacia el olvido», y «un grano de alegría y un mar de olvido»).

### 7. *Unos versos de 1926*

El cuarto poema en que aparece la imagen de la gota y del mar es bastante posterior. Difícil en sí y no sólo por su forma, requeriría un comentario pormenorizado, lleno aún de conjeturas para mí. Pero resaltemos que Machado, años después de formular la segunda posibilidad en el tercer poema («caer como gota... O *ser...* un solitario que avanza...»), se abre a la *integración* del movimiento y de la quietud, de lo fugaz y de lo eterno, en un cuarto poema.

Que en su estatua el alto Cero / -mármol frío, / ceño austero / y una mano en la mejilla-, / del *gran remanso del río*, / medite, eterno en la orilla, / y haya gloria eternamente. / Y la lógica divina / que imagina, / pero *nunca imagen miente* / -no hay espejo; todo es fuente-, / diga: sea / cuanto es, y que se vea / cuanto ve. *Quieto y activo* / -mar y pez y anzuelo vivo, / todo el mar en cada gota, / todo el pez en cada huevo, / todo nuevo-, / lance unánime su nota. / *Todo cambia y todo queda*, / piensa todo, / y es a modo, / cuando corre, de moneda, / un sueño de mano en mano. / Tiene amor rosa y ortiga, / y la amapola y la espiga / le brotan del mismo grano. / Armonía; / todo canta en pleno día. / Borra las formas del cero, / *torna a ver*, / brotando de su venero, / *las vivas aguas del ser*. (CLXVII, xvi)

Subrayemos: «pero nunca imagen miente -no hay espejo, todo es fuente-»; y: «*Quieto y activo...* todo el mar en cada gota... todo nuevo... *Todo cambia y todo queda...* torna a ver (...) las vivas aguas del ser». Machado ha remontado ya la corriente de su tradición hasta su origen. Se ha desprendido de sentimientos «enlutados» y ha alcanzado lo clásico. Al «todo cambia y todo queda», ya no le sigue ningún contrapunto y él ya no está en el clima en el que Pascal (siglo XVII) pudo anotar:

Este es nuestro verdadero estado. Es lo que nos hace incapaces de conocer verdaderamente y de ignorar totalmente. *Bogamos en un medio vasto, siempre inseguros y flotantes*, llevados de un extremo a otro; cualquier mojón al que

pensamos atarnos y asegurarnos se tambalea, y nos deja, y si le seguimos, no nos deja asirnos a él, se escurre de nuestras manos y huye en eterna huida: nada se detiene a esperarnos. Éste es el estado que nos es natural y, sin embargo, el más opuesto a nuestra inclinación. Ardemos en deseos de encontrar unos fundamentos sólidos, una última base firme para edificar sobre ella una torre que se eleve hasta el infinito, pero todos nuestros cimientos se resquebrajan y la tierra se abre hasta los abismos. <sup>(81)</sup>

Machado alcanza lo clásico de Heráclito (todo se mueve), pero también simpatiza con lo clásico de Platón (si no de Parménides) y canta la quietud. En la época de Segovia, se fija en lo luminoso «del gran remanso del río» del ser. Le gusta la expresión y la repite:

Sus cantares llevan / *agua de remanso*, / que parece quieta. / Y que no lo está;  
/ mas no tiene prisa / por ir a la mar. (CLXIV, XIII, vi)

Machado llega incluso a apreciar, frente a lo ardiente, lo frío de lo clásico, e incluso de lo barroco pues descubre que, en sus formas y versos de diamante, se esconde un fuego dentro como en él, que ya es mayor pero que aún siente su fuego juvenil escondido dentro.

Creí mi hogar apagado, / revolví la ceniza... / Y me quemé la mano.

Concepto mondo y lirondo / suele ser cáscara hueca; / puede ser *caldera al rojo*.

El pensamiento barroco / pinta virutas de fuego, / hincha y complica el decoro. / Sin embargo... // – Oh, sin embargo, / hay siempre un ascua de veras / en su incendio de teatro. (CLX, lviii; lxxx; lxxxviii-lxxxix)

En una nota de 1914, Machado había elogiado ya el valor de la poesía clásica, muy distinto del de la poesía romántica:

---

<sup>81</sup> Ver: ‘Los dos infinitos’, en: Pascal, *Pensamientos*, ed. Lafuma, 199.

<sup>82</sup> PPC, 1170. Machado utilizó dos veces la imagen del diamante: «.../ Y cuajado en piedra el fuego/ del amante/.../ brilla al sol *como diamante*» (CLXVIII). Y: «Bajo el azul olvido, nada canta / ni tu nombre ni el mío, el agua santa. / Sombra no tiene de su turbia escoria / limpio metal; el verso del poeta / lleva el ansia de amor que lo engendrara / *como lleva el diamante sin memoria* / -frío diamante- el fuego del planeta / trocado en luz, en una joya clara...» (CLXXIV, vii, vv. 54-61).



La poesía clásica *en eterno presente*, es decir, fuera del tiempo, es esencialmente sustantiva y adjetiva. Las imágenes clásicas son definiciones, conceptos. Pero el verso helénico, siempre definidor, nada tiene que ver tampoco, como piensan muchos gansos, con lo académico y neoclásico. *El diamante es frío, pero es obra del fuego, y de su aventura habría mucho que hablar.* <sup>(82)</sup>

Tal es el marco en el que Machado compuso, en 1926, el poema donde la imagen de la gota que cae al mar da un giro completo pues, esta vez, es el sujeto quien absorbe el todo, y no de una forma sólo genérica sino viva y sin peros. Recordemos:

*Todo cambia y todo queda, / piensa todo, / y es a modo, / cuando corre, de moneda, / un sueño de mano en mano. / Tiene amor rosa y ortiga, / y la amapola y la espiga / le brotan del mismo grano. / Armonía; / todo canta en pleno día. / Borra las formas del cero, / torna a ver, / brotando de su venero, / las vivas aguas del ser.*

### 8. *El valor exhortativo de lo indicativo*

Lo que afirma Machado en el poema de «Al gran Pleno...» no es una verdad en sí sino lo que el poeta extrae de su bagaje en ese momento. Pero lo que dice no es sólo el fruto del pasado sino también un avance de lo por vivir. En este sentido, A. J. Toynbee dijo una vez algo muy interesante sobre el valor exhortativo (no de mandato sino de consejo) de lo que se afirma ser pero que no es una verdad en sí sino un verbo indicativo que anima y exhorta a un ideal. Toynbee cita como ejemplo una afirmación filosófica india, pero lo mismo podría decirse de las afirmaciones occidentales sobre lo que está más allá de los sentidos y del conocimiento general.

*En la vida humana el conocimiento no es un fin en sí mismo sino un medio para la acción.* El conocimiento de verdades es valioso en la medida en que sirve como guía de la acción conducente a la meta de los esfuerzos humanos. Por ejemplo, los filósofos indios prebúdicos vieron la verdad de que “tú eres eso”, es decir, de que, en cierto sentido, un yo humano es idéntico a

<sup>83</sup> CD 13, 2001, p. 95 (tomado de: A. J. TOYNBEE: «La tarea de separar de la esencia los elementos no esenciales de la herencia religiosa de la humanidad», cap. 19 de *El historiador y la religión*, Emecé, Buenos Aires, 1958, p. 276).

la Realidad Absoluta. Pero *el sentido en que este conocimiento intuitivo es verdadero sólo puede descubrirse en la acción. La afirmación “tú eres eso” no es en verdad una mera afirmación sino una exhortación que se te hace a ti para que tú puedas ser lo que tú conoces que puedes ser. El modo imperativo está implícito en el modo indicativo. La intuición de una verdad es la indicación de una meta.* (83)

Además de los dogmas de cada tradición, que son las afirmaciones que orientan la vida e iluminan la experiencia, las afirmaciones universales sobre el hombre son también dos cosas a la vez. Por un lado, son la *descripción* de un ser inicial y común (la esencia como marco de nuestras posibilidades), y, por otro lado, son el *ideal*, la expresión de lo que uno puede llegar a ser. Tal como decía Bofill:

*Hombre es horizonte: pero es plenificar ese horizonte, es decir, ‘mundo’. Con otra palabra: tarea específicamente humana: reflexión (...). Pues ‘hombre’ es una larga paciencia.* (84)

Del mismo modo que “hombre” es lo que se es inicialmente y lo que podemos llegar a ser cuando llegamos a tener un mundo propio, a ser “toda una institución” o a *albergar toda una tradición*, la afirmación: «el alma es, en cierto modo, todas las cosas» (*anima est quodammodo omnia*) define, por un lado, la *cualidad psicológica* básica del hombre (que ya es en el recién nacido), y, por otro, la *calidad alcanzable* cuando adulto: el horizonte de lo universal indefinido (*aoristo*: sin límite). Machado formuló afirmaciones así, negativas y positivas. Negativas, cuando dijo: «ser lo que *nunca* he sido, / uno, sin sombra y sin sueño, / un solitario que avanza / sin camino y sin espejo». Y positivas cuando dijo: «Hoy es siempre todavía», o «Todo el que camina anda» o «torna a ver, / brotando de su venero, / las vivas aguas del ser».

El consabido binomio de las ciencias humanas (“estímulo-respuesta”) induce a error e impide que quede claro el doble valor de las afirmaciones fundamentales, es decir, el valor de cualidad inicial, por un lado, y de calidad final, por otro. La razón es que dicho binomio pone

---

84 Jaume BOFILL, “Carta”, publicada en *Ensayos* nº 36, Madrid, diciembre-febrero 1963-64; citada en *CD* 14, 2002, p. 209.

y confunde dos planos en uno: el biológico (*estímulo*) y el humano (*respuesta*), y no deja espacio para el recorrido de la vida: desde la cualidad hasta la calidad. Dicho de otro modo: el hombre, en la medida en la que supera los cuatro obstáculos indicados por Machado, *sale* tanto del círculo biológico (de *estímulo-reacción*) como del círculo colectivo (de *señal-obediencia*), y *accede* al intercambio interpersonal, libre e interminable (de *llamada-respuesta*) donde hay dos circunferencias formando una elipse con la realidad en medio. La castidad de José <sup>(85)</sup> simboliza el «ser lo que nunca he sido» y dejar atrás los cuatro obstáculos. Es el camino de poder caminar sobre el mar y llegar a plenificar lo que era nuestra esencia, ser *alma*, que es «distancia y horizonte: ausencia» <sup>(86)</sup> y llegar al final de la vida «limpios los ojos» y «lleno de días» como los patriarcas bíblicos, y no «cargado de años».

9. «*Que el puro río de caridad que fluye eternamente...*»

¿Qué tendrán, en general, los símbolos del agua que son tan sugerentes y tan ricos, tan escurridizos y sin embargo tan precisos?

... el agua: ese sueño castellano, símbolo del Paraíso para los islámicos ..., pero *símbolo también para Teresa de lo más hondo que en el alma ocurre*: «Que no me hallo cosa más a propósito para declarar algunas del espíritu que esto de agua, y soy tan amiga de este elemento que lo he mirado con más advertencia que otras cosas». <sup>(87)</sup>

Teresa tiene razón: el agua (ya sea fuente, lago, acequia, nube, lluvia, gota, pozo, río o arroyico, mar, etc.) es símbolo «de *lo más hondo que en el alma ocurre*» (ya sea presencia, llamada, impulso, acción, vida o ser, si empleamos términos abstractos). Sin embargo, el agua no es

<sup>85</sup> Ver CD 25, p. 172; PPC, p. 1600, 1233-35.

<sup>86</sup> «Un amor que conversa y que razona, / sabio y antiguo —diálogo y presencia—, / nos trajo de su ilustre Barcelona; / y otro, *distancia y horizonte: ausencia*, / que es alma, a nuestro modo, le ofrecimos...» (CLXIV, xiv, a Eugeni D'Ors).

<sup>87</sup> JIMÉNEZ LOZANO, José, *Guía espiritual de Castilla*, Valladolid, Ámbito, 1984, p. 238.

<sup>87bis</sup> Ver cómo combina Teresa las imágenes de arroyo-mar y de matrimonio místico en *Las Moradas séptimas*, cap. II, 4. Su forma de hacerlo pediría todo un comentario.

símbolo de *todo* «lo más hondo que en el alma ocurre» o del modo como ocurre. La misma Teresa empleó otras imágenes cuando le con-vino; como la del *esposo*, que *no es física sino personal* y que le abrió todo un abanico de posibilidades para nombrar determinadas formas de llamada, presencia, experiencia, ausencia y encuentro (87bis).

Pero entremos en la materia de este punto. Machado, como hemos intentado mostrar, gracias a «caminar sobre el mar» se liberó del *sentimiento adherido* al imaginario manriqueño (sentimiento que además, tal como hemos ejemplificado con un fragmento de Pascal, puede adherirse al imaginario del mar). Y el tercer poema y el cuarto que hemos citado dan cuenta de esta liberación.

Una prueba más de este cambio en él es que Machado, al separar la imagen del río del sentimiento adherido a ella, pudo, como cima del uso de la imagen del río, y dado que «nunca imagen miente», *relacionar a Dios con el río* y no con el mar. Y esto fue, poética y humanamente, un *gran hallazgo*. Porque consiguió que la imagen por antonomasia del tiempo y de su fluir valiese para Dios, al que, por influencia griega, solemos creer que sólo le sienta bien lo inmóvil y atemporal.

Dios fue, sin duda, objeto de reflexión y de búsqueda por parte de Machado. Sin embargo, no fue con frecuencia un “tú” al que él se dirigiera. «Oh, sálvame, Señor», es una expresión que ya hemos citado y que sólo encontramos en una ocasión, si bien importante (88). Su concepción de Dios fue, pues, personal pero discreta. Su vida interior no incluyó las exageraciones del «gran individuo», como decía Loisy, o del «Dios tapagujeros», que indicó Bonhoeffer, o del Dios de «nuestro padre cromagnon», como decía Légaut, o «teísta», como se dice ahora. Tras la muerte de Leonor, fue a la muerte a la que Machado reprochó el mal que había hecho y *le* había hecho. Lo hizo en un poema admirable, en el que tuvo el coraje de contar lo sucedido sin faltar al pudor:

---

88 CLXXV, v. 69. Ver final de I. B. 8. (j).

89 Ian Gibson cita unos poemitas inéditos que son una excepción a lo que digo, y en los que Machado pide a Dios que salve y no se lleve a Leonor. Entre ellos, éste:

Una noche de verano / (...) / la muerte en mi casa entró... /delante de mí,  
¿qué has hecho? / La muerte no respondió. (CXXIII).

Tan sólo en un poema atribuyó a Dios y a su “voluntad” aquella pérdida (89). Pero su queja fue «sin grito ni ceño» porque Machado caminaba ya sobre el mar:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería. / Oye otra vez, Dios mío, *mi corazón* clamar. / Tu *voluntad* se hizo, Señor, *contra la mía*. / Señor, ya estamos solos *mi corazón* y el mar (CXIX).

Años después, la “mano”, es decir, su sinécdoque preferida para nombrar la ayuda y el caminar en compañía (así la mano de la madre de pequeño y así la mano de Leonor, añorada y soñada en varios poemas), pasó a ser (en contadas pero importantes ocasiones) la mano de Dios. Ella es la que *nos ayuda a caminar o la que nos abre paso para hacerlo*. Tal es la forma, discreta e indirecta, de nombrar Machado la intervención divina en el camino del hombre sobre las aguas.

... honremos al Señor / –la negra estampa de su *mano* buena– / que *ha dictado el silencio en el clamor*. / Al Dios de la distancia y de la ausencia, / del áncora en la mar, la plena mar... / *Él nos libra del mundo –omnipresencia–, / nos abre senda para caminar...* (CLXX)

Del mismo modo entreveía Machado su presencia y sus llamadas en el mar: «como luna en el agua», «como una blanca vela», como «la nube o la tormenta». Recordemos:

Dios *no es* el mar, *está en* el mar; *riela / como luna en el agua*, o *aparece / como una blanca vela*; / en el mar se despierta o se adormece. Creó la mar, y *nace / de la mar, cual la nube o la tormenta*; / es el Criador y la criatura lo hace; / *su aliento es alma, y por el alma alienta...*

Pero es que, además, y *a esto íbamos*, este poema termina con una

---

“Tengo en mi pecho clavado / un dardo tuyo, Señor. / Me heriste y he blasfemado / por amor”. Estos poemas no se conocían hasta la publicación, en 2004, de: *El fondo machadiano de Burgos. Los papeles de Antonio Machado*. Ver: *Ligero de equipaje*, Madrid, Aguilar, 2006, p. 267-8, 645, 674.

plegaría que es un deseo y que encierra el gran hallazgo que decíamos:

... Yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste / y para darte el alma que me diste, / en mí te he de crear. Que el puro río / de caridad, que fluye eternamente, / fluya en mi corazón. ¡Seca, oh Dios mío, / de una fe sin amor la turbia fuente!» (CXXXVII, v)

El hallazgo es el río como símbolo de Dios. Dios es «el puro río de caridad que fluye eternamente», y el deseo de Machado es que «fluya en su corazón». Petición a la que añade una segunda: «seca, Dios mío, / de una fe sin amor la turbia fuente»<sup>(90)</sup>. Machado denuncia la creencia ideológica («fe sin amor»). Pero lo importante es que, al nombrar la posibilidad de un río subterráneo en su interior (el movimiento de fe de Légaut), parece recordar la profecía del *IIº Isaiás* y del *Libro IIº de Samuel* que el evangelio de Juan atribuyó al ser de Jesús: «de su entraña manarán ríos de agua viva». De nuevo tendríamos una referencia evangélica en su poesía<sup>(91)</sup>; poesía libre de los corsés ideológicos detectados cuando estudiamos sus opiniones acerca del catolicismo, su institución y sus oponentes.

### 10. *Algunas opiniones sobre la imagen de la gota y el mar*

Desde esta perspectiva machadiana en que la imagen del río ha llegado a su mayor amplitud significativa, la imagen de «caer como gota de mar en el mar inmenso» ocupa también su lugar. Tiene, sin duda, su grandeza, igual que la del río que desemboca en el mar. No sólo la grandeza de simbolizar el «*fugit irreparabile tempus*», como en los dos primeros poemas, sino también la grandeza que acabamos de hallar

---

<sup>90</sup> En relación con la «turbia fuente», recuérdese: «De lo que llaman los hombres / virtud, justicia y bondad, / una mitad es envidia, / y la otra *no es caridad*» (CXXXVI, vi).

<sup>91</sup> Recuérdese otro uso de la imagen de la fuente en el poema LIX.

<sup>92</sup> Tomo la cita del *Mundaka Upanishad*, de: KOLAKOWSKI, Leszek, *Si Dios no existe...*, Madrid, Tecnos, 1985, p. 88.

en Machado y que sugiere un fragmento como el siguiente:

Como ríos que fluyen hasta encontrar su hogar en el océano, dejando nombre y forma atrás, así *el hombre sabio* –de nombre y de forma liberado– se acerca a la Persona divina, que está más allá del más allá. <sup>(92)</sup>

Fuera de este caso (donde no resuena lo “enlutado” y lo personal último *no se excluye* porque: «nombre» y «forma» no son el ser, el río ya está en nuestro interior, «el hombre sabio» es quien «se acerca» y el término es «la Persona divina»), la imagen de la gota que cae en el mar, en la medida en la que *tiende a significar la completa anulación del ser en acto en nuestro interior*, suscita que nos *distanciamos* de ella. Machado –lo hemos visto– superó esta interpretación, se distanció del sentimiento enlutado adherido a ella y exploró además nuevas formas de expresión del acto en el sujeto, tal como vimos en el poema de 1926.

Como confirmación del valor de su cambio y de sus hallazgos, podemos recordar aquí algunos testimonios de otros autores.

(A) Una mención de la imagen de la gota en el mar se encuentra en una página de von Balthasar:

Todas las dificultades teóricas de la fe [...] se resuelven cuando se alcanza el plano más profundo del amor. Pero no [...] el amor entre dos seres humanos, que, llevado al absoluto, no puede ser sino demoníaco pues, entonces, un ser finito se da infinitamente a otro ser finito [...]. Ni tampoco puede ser el amor filosófico de la criatura hacia Dios, que santo Tomás describe como un peso (*pesanteur*) ontológico parecido al de la parte respecto del todo, o al de lo finito respecto del infinito, cosa que, fuera del ámbito cristiano, sería imposible que no comportase la *descomposición de la forma finita, el abandono de la conciencia de sí por parte del sujeto, que así se sacrificaría a sí mismo como la gota de agua en el mar* del nirvana. <sup>(93)</sup>

Balthasar valora el panteísmo y valora el amor pasión, a los que el cristianismo debe incluir sin disminuir porque su núcleo (el misterio de la unión en la diferencia de Jesús con su Dios) se sitúa *des-*

<sup>93</sup> BALTHASAR, H. Urs von, *La glorie et la croix. I Apparition*, París, Aubier - Montaigne, 1964, p. 162.

*pués* del panteísmo (y no antes o al lado), *después* de toda analogía interpersonal que termine en fusión y en aniquilamiento de uno en el otro, y después de una forma de ser que se entiende como la relación entre lo finito y lo infinito de forma que lo finito desaparece y sólo queda lo infinito.

(B) También en una ocasión Légaut marcó su distancia respecto de la imagen de la gota que cae en el océano. La imagen no encajaba en su reflexión sobre el hombre y sobre Jesús. En dicha reflexión lo esencial es que la carencia de ser de uno se integra en la afirmación de la fe en sí mismo y en la experiencia interior de una acción sin rostro que es fuente de iniciativas surgidas como de la nada, imprevisibles y ajenas a toda explicación. Sin duda, encarar el Cosmos y lo universal es un paso en el camino espiritual, pero siempre desde el núcleo, «ínfimo y efímero pero *necesario*», de una libertad:

En virtud de mi profundización humana tengo conciencia de *ser una realidad que trasciende todo lo que puedo concebir actualmente de mí: no caigo en la tentación de imaginarme como una pequeña gota de agua que mañana se perderá indistinta en el océano*. Cuanto más insiste uno en la grandeza del hombre, o, con mayor precisión, cuanto más se alcanza uno a sí mismo, a través de su misión, en su unidad y unicidad; cuanto más ahonda uno en la grandeza que trasciende lo contingente, de lo que se ha nutrido y de lo que, por su pasado, ha surgido, tanto menos se ve sometido al vértigo del *panteísmo*, que no es, entonces, más que una *transposición*, en el plano metafísico, de la extrema desproporción existente entre su ínfima pequeñez física y la infinita dimensión del cosmos espacio-temporal.

Jesús tenía la certeza del carácter absoluto de lo que él *era* ante los ojos de Dios, del carácter capital de su misión a favor del hombre, de quien afirmaba así, indirectamente, su realidad espiritual potencial, trascendente. «Mis palabras no pasarán» –le hacen decir los Evangelios– [...].

Para vivir como persona y no como esclavo sometido a las circunstancias y a las leyes, para ser un viviente (*vivant*) y no únicamente un vivido (*vécu*), sería necesario alcanzar una verdadera interioridad y así desarrollar las pro-

---

<sup>94</sup> *Patience et passion d'un croyant* París, DDB, 1990, p. 156-158 (Ver: CD 13, 2001, p. 42-43).



pias posibilidades, conocidas o aún ignoradas. En el pasado, algunos lo consiguieron gracias a sus *recursos espirituales* y a *lo que extrajeron* de las Escrituras y de las tradiciones *iluminadas* por sus intuiciones personales, a las que respondían con vigor y fidelidad.

Uno asume su *muerte* tal y como ha asumido su *vida*. Cuanto mejor penetremos en el misterio de lo que somos en nosotros mismos por la intelección de lo que hemos vivido, tanto menos necesitaremos conjurar la muerte mediante imaginaciones o acciones notablemente semejantes a la magia... (94)

(C) Hace siglos, el capitán Francisco de Aldana (1537-1578), buen amigo de Arias Montano, halló la forma de complementar la imagen del alma como *gota* de licor que se pierde en el mar. Fue con la imagen del alma que es como el *aire* el cual, invadido por la *luz* del sol, parece (pero sólo parece) confundirse con dicha luz:

... allá vendrá do *casi* ser le toca / en su primera causa transformada (...) / *cual gota* de licor, que el rostro enciende, / *del altísimo mar toda absorbida*...

... mas *como el aire*, en quien en *luz* se extiende el claro sol, *que juntos aire y lumbre ser una misma cosa el ojo entiende*... (95)

(D) Tampoco John S. Spong simpatiza con la imagen de la gota de agua como símbolo del ser del hombre, por más que él piense que el hombre no se pierde en otro mar que no sea el mar de Dios:

Ser consciente de sí mismo ... es verse a sí mismo relacionado con el conjunto. Pero *sin perder la propia identidad* dentro del conjunto. No es ser una simple *gota* en el mar de Dios. (96).

(E) Tampoco le hubiera satisfecho a Karl Jaspers esta imagen tal como podemos deducir de una página suya:

El primer paso del conocimiento filosófico consiste en admirarse de lo evidente: ¿qué significa el hecho de que, al pensar, seamos unos sujetos dirigi-

---

<sup>95</sup> Ver CD 14, 2002, p. 203 y 239-240.

<sup>96</sup> «To be self-conscious ... is to see oneself as related to the whole, but without losing one's identity inside the whole. It is not to be a *raindrop* in the sea of God». John S. SPONG, *The Fourth Gospel. Tales of a Jewish Mystic*. New York, Harper Collins, 2013, p. 91.

dos a unos objetos, y que, para nosotros, toda claridad proceda de esta escisión? Partiendo de este asombro ante lo que está presente en cada instante [...] desembocamos en las siguientes preguntas: Esta vida en el mundo fenoménico, ¿es como el *despertar* de un *sueño*, que nos arranca de la oscuridad de un inconsciente inimaginable? ¿Es ésta la única claridad posible? O bien, esta vida en la escisión sujeto-objeto, ¿no es ella misma acaso *la que puede compararse a un sueño*? Y esta claridad, ¿acaso no es, más bien, un *oscurecimiento del ser y de mí mismo*? La *respuesta* a estas preguntas nos viene no de un conocimiento sino, más bien, de una *decisión*, por extraño que parezca.

¿*Quiero* que el mundo real se torne indiferente para mí; y simplemente soportarlo sin actuar sobre él; y no ser responsable de nada, y vivir como si, en cierto modo, *yo no existiera*? Esta solución ya la adoptaron varias tendencias del pensamiento *asiático*: la fórmula «el ser es apariencia y la apariencia es ser» figura en una novela taoísta que muestra que la vida humana, con su encanto turbador, su belleza, su promiscuidad, su salvación y su perdición, sus ilusiones y sus desilusiones, en suma, con su ausencia de sentido, es un juego vano. Tales fórmulas expresan un estado interior en que *todo se pierde* como el humo bajo el efecto del viento.

¿O *quiero*, más bien, llegar a la claridad en este mundo fenoménico mediante la realidad de mi vida, mi responsabilidad y mi conocimiento, porque considero que *éste es para nosotros el único camino* que nos permite llegar a esa claridad venida de fuera, que se encuentra más allá, en otra parte? Entonces, la apariencia no es para nosotros sino un semblante y la vida no es un sueño. <sup>(97)</sup>

Quando Jaspers expone las dos interpretaciones que pueden hacerse de la imagen del *sueño* (tan calderoniana), hace hincapié en una diferencia parecida a la que llevó a Machado a cuestionar la imagen de la gota que cae en el océano y a elegir la de andar en el mar.

En cualquier caso, señalemos que lo común en todos estos fragmentos y autores es la idea (propia del cristianismo y del socratismo) del valor no penúltimo sino último de lo personal, y que esto incluye una reserva crítica cuando el todo parece reducir a la nada la iniciativa y el albedrío. No se trata de exaltar lo individual por lo individual

---

<sup>97</sup> Karl JASPERS, *Iniciación al método filosófico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1977, p. 57-58; modifiqué la traducción consultando la edición francesa (París, Payot, p. 35-36).

dado que la crítica no suprime lo verdadero de lo criticado, es decir, la llamada y la apertura a lo universal. Pero sí se trata de comprender la unidad de una manera especial: *el paradigma de la unidad* es la relación adulta de comunión y de amistad con lo que no es uno mismo. Recordemos lo de Boffil:

La actualidad o actuación de *nuestra vida personal o espiritual* (que, notemos, es esencialmente una “comunión”; pues el “estar en acto” de un sujeto considerado aisladamente no es más que una fase o aspecto de *una situación más radical de “interpersonalidad”*), requiere siempre e intrínsecamente, en nosotros, la mediación de las realidades materiales. (98)

En los fragmentos recogidos, lo común es, pues, una concepción de la *unidad* del sujeto con lo real entendida como una unión de amistad entre dos elementos de igual dignidad, con algo tercero en medio. Es una concepción “pronominal” que se niega a juzgar como ilusión y vanidad tanto el yo, como el tú, como lo corporal y material intermedio. En esta concepción, un elemento no se da sin el otro. Si los dos elementos son personales, su relación es directamente proporcional (cuanto más un elemento, más el otro y viceversa). Y, si de los dos elementos uno es personal y el otro no, el no personal y penúltimo tiene, no obstante, una bondad medial imperecedera. Por eso hay también una relación directamente proporcional entre ambos elementos (cuanto más profundo se es, más se comprende objetivamente lo de fuera y viceversa: cuanto más uno se abre a la esencial heterogeneidad del ser, más uno es uno mismo).

Lo último se da *en* lo penúltimo, pues lo asume sin negarlo ni destruirlo (piénsese en lo espiritual y lo corporal). Machado, frente a una concepción que concibe la unidad como fusión, desaparición, destrucción o aniquilación de lo uno en lo otro o viceversa, y en la que los otros son un medio únicamente, se sitúa del lado de la intuición occidental (o de un socratismo y de un cristianismo sapienciales), que es la de los autores citados. De diferentes maneras, estos autores vienen a for-

---

98 Ver ref. en Nota 67.

mular sus reservas ante la imagen de la gota. La misma que lleva a Machado a ir más allá de la imagen y del sentimiento adherido a ella. Más allá de su tendencia al idealismo y al escepticismo, hemos visto que Machado elige la segunda posibilidad, tan sorprendente. Morir (que es el último acto *de la vida*) *no es* caer como una gota de mar en el mar inmenso sino es «ser lo que nunca he sido» conforme a la «esencial heterogeneidad del ser» que él ha deseado y buscado. Ver las cosas así fue clave en el recorrido poético y reflexivo de don Antonio.

### III. DOS IMÁGENES DE JESÚS Y DE DIOS

Una vez visto lo visto, esto es, el influjo de la imagen del hombre que camina en el mar: que lleva a Machado a rebasar la imagen de la gota, a entrever una alternativa («ser lo que nunca he sido, etcétera») y a distanciarse del sentimiento de angustia adherido a lo aparentemente fatal, debemos atender al hecho de que Machado contrapusiese, en un momento dado de su trayectoria, *dos figuras* de Jesús:

... ¡Cantar de la tierra mía, / que echa flores / al *Jesús de la agonía*, / y es la fe de mis mayores! / ¡Oh *no eres tú* mi cantar! / ¡No puedo cantar, ni quiero / a ese *Jesús del madero*, sino *al que anduvo en el mar!* (CXXX)

Nuestra investigación de la figura del hombre que camina sobre el mar quedaría incompleta si no abordáramos esta contraposición. ¿Cuál fue, pues, la razón de formular Machado esta contraposición, y cuáles fueron las reflexiones en las que se adentró a partir de ella? <sup>(99)</sup>

#### 1. *Dos imágenes contrapuestas de Jesús*

Lo primero es situar esta contraposición en la biografía del poeta pues éste, nada más morir Leonor, se trasladó a Baeza, donde le habían dado plaza de profesor a petición suya, y allí fue donde debió de vol-

---

<sup>99</sup> Ya tratamos sobre esta contraposición en: «Reflexiones sobre *llegar a ser uno mismo*» (M. Légaut, *Llegar a ser uno mismo*, 2012, p. 232-233).

ver a presenciar las procesiones de Semana Santa, lo cual le debió de llevar a sentir lo que expresó en «La saeta»:

[ ¿Quién me presta una escalera, / para subir al madero, / para quitarle los clavos / a Jesús el Nazareno? (Saeta popular) ] ¡Oh, la saeta, el cantar / al Cristo de los gitanos, / siempre con sangre en las manos, / siempre por desenclavar! ¡Cantar del pueblo andaluz, / que todas las primaveras / anda pidiendo escaleras / para subir a la cruz! / ¡Cantar de la tierra mía, / que echa flores / al *Jesús de la agonía*, / y es la fe de mis mayores! // ¡Oh, no eres tú mi cantar! / ¡No puedo cantar, ni quiero / a ese *Jesús del madero*, / sino al que *anduvo en el mar*! (CXXX)

La razón de la contraposición debió de ser la suma de una negación y de una afirmación, de un rechazo y de una adhesión: rechazo a que contase tanto el dolor y la piedad, y adhesión a la alternativa fraguada en sus paseos y cavilaciones. El rechazo de la figura del «Jesús del madero» debió de ser una reacción ante el *fatalismo* de la piedad, que, por temor a una no explicación del sufrimiento, prefiere creer que éste tiene una justificación y una utilidad que lo torna aceptable e incluso manejable. Nuestra idea es que, así como Machado tomó distancia ante la imagen de la gota en el mar (en la medida en que era una forma de monismo unido a un sentimiento de fatalidad) gracias a la figura del hombre que camina sobre las aguas (que le inspiró formular una alternativa), también en este caso, si fue más allá del Jesús «del madero» y «de la agonía», fue por gracia de la misma imagen.

## 2. Más allá de la contraposición de las dos figuras

Ahora bien, aunque la contraposición entre las dos figuras de Jesús es necesaria y muchos hemos podido hacerla nuestra por una reacción parecida, cabe preguntarse si Machado, con el tiempo, no avanzó hasta entrever que quien camina sobre las aguas tal como Jesús lo hizo no sólo conoce la agonía común, propia de nuestra condición, sino la del «madero», es decir, la de un final conflictivo con su sociedad, cuya mediocridad siempre hace sufrir al hombre, de un modo u otro. Igual que nadie escoge primero sufrir, Jesús no escogió a priori su desenlace,

por más que su trayectoria en medio de la gente, incluidas las autoridades, no fuese ajena a él. Su final fue fruto de su fidelidad y de sus decisiones pero fue efecto también de una suma de decisiones e indecisiones a su alrededor. La cruz fue la condena de un inocente y no hubiera debido suceder. La detención, la condena y el juicio fueron, como tantas veces, efecto del «mar» de circunstancias que intervinieron, incluidas las conductas de muchos que hubieran podido obrar de otra forma (hubiera podido no haber tanta superficialidad, pusilanimidad y reserva política; tanta asechanza y cálculo; y además traición, miedo, huida y negación por parte de los allegados). Pero, salvadas las distancias, ¿quién no debe contar en su vida, incluido su final, y de una forma u otra, con la entropía de lo real, ya sea natural o social?

La forma de «caminar –Jesús– sobre el mar» incluyó un don total que le hizo hacer de la muerte su muerte. Por eso la contraposición de las dos figuras no es lo último a lo que se puede llegar. Machado contrapuso lo que necesitaba contraponer en un momento dado. Porque, en la vida, hay tiempos en que es necesario, si no separar, sí distinguir entre dos figuras. Sólo así se puede empezar por una y llegar a la otra. Sólo así podemos llegar a comprender que, si no nos apeamos del tren de la humanidad pese al disgusto de su mediocridad, tampoco es bueno dejar la propia tradición por el mal acumulado en ella. ¿Acaso no somos igual de mediocres que el resto? Machado, cuya vida tampoco es que le deparase una muerte convencional (aunque sabemos que ninguna lo es pues cada uno es singular), es muy probable que, después de componer «La Saeta», entreviese: uno, que caminar sobre el mar implica el don total; dos, que el don total, de una u otra forma, conlleva un dolor; y tres, que yerra quien sueña en la huida, ya sea hacia la seguridad o hacia la pureza o la justificación, como hiciera el fariseo que, a diferencia de Jesús, creía no ser «como los demás hombres».

---

<sup>100</sup> *PPC*, p. 2324.

### 3. *Dos versiones de la «divinidad» de Jesús*

Una forma de ir Machado más allá de la contraposición de las dos figuras de Jesús (la del madero y la de caminar sobre la mar) fue formular una segunda contraposición, esta vez entre dos formas de comprender la *divinidad* de Jesús y su acción:

Sobre la divinidad de Jesús he de decir que nunca he dudado de ella. O el Cristo fue el divino Verbo, encarnado milagrosamente en las entrañas virginales de María, y *salido* al mundo para expiar en él los pecados del hombre, que es la versión ortodoxa, difícil de comprender pero no exenta de fecundidad; o fue, por el contrario, el hombre que (...) *deviene* Dios para expiar en la Cruz los pecados más graves de la divinidad misma, que es la versión heterodoxa y no menos profunda de mi maestro... <sup>(100)</sup>.

Como «La saeta» es de 1913 y este párrafo es de 1938, ello significa que Machado prosiguió sus reflexiones durante años, incluso durante la Guerra Civil, cosa notable en alguien de la República, y en general en España. Y es de notar, ante todo, que Machado no niega la divinidad de Jesús. Es más, en otra ocasión juzgó que hacerlo es cosa de mal gusto y obra de «pigmeos» ¿Se referiría a alguien en concreto?

Siempre estimé como de gusto deplorable y muestra de pensamiento superficial el escribir contra la divinidad de Jesucristo. Es el afán demoledor de los pigmeos que no admiten más talla que la suya <sup>(101)</sup>.

A la pregunta, conforme a la teología convencional, de *por qué* Dios se hizo hombre (el «*cur Deus homo*» de los medievales, cuyo error de planteo es considerar que Dios y el hombre son unidades conmensurables), Machado respondió con una interpretación de su propia cosecha y heterodoxa. Frente a la explicación oficial: la expiación sacrificial de «los pecados *del hombre*», interpretación que no descartó

<sup>101</sup> PPC, p. 2388.

<sup>102</sup> Karl JASPERS, «Manuel Kant», *Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura*, 7, París, julio-agosto 1954, p. 6. Y también en: Karl JASPERS, *La fe filosófica ante la revelación*, Madrid, Gredos, 1968, p. 226 y 230, y *Cifras de la trascendencia*, Madrid, Alianza, 1993, p. 44.

aunque consideró «difícil de comprender», y frente al descenso, encarnación y «salida» del Verbo (a la manera de don Quijote) que dicha interpretación incluye, Machado aventuró una interpretación distinta: el hecho de un hombre «*que deviene Dios*» y cuya misión es expiar «los pecados más graves *de la divinidad*».

Aparte de que tampoco es fácil la interpretación de Machado, ¿a qué pecados de la divinidad se debió de referir? Descartado que fuera a los debidos a la “maldad” de Dios, debió de ser a los que son efecto del mal uso de su nombre por parte de los hombres. Como buen lector de Kant, debió de coincidir con él en esto:

Probablemente, no existe en el Libro de la Ley judaica una idea más elevada que el precepto que dice: “No harás ninguna figura, ni tampoco ninguna imagen”.<sup>(102)</sup>

#### 4. *Dos interpretaciones de la «existencia» de Dios*

Machado se adentró poco en el terreno teológico<sup>(103)</sup> pero no tuvo reparos en hablar algo de Dios y, a veces, lo hizo con una profundidad *no exenta de humor*, como en esto, ya citado:

Un Dios existente –decía mi maestro– sería algo terrible. ¡Que Dios nos libre de él!<sup>(104)</sup>

Esta afirmación («un Dios existente *sería* algo terrible») es capaz de remover montañas de ideas. Y la exclamación posterior es asimismo un trueno: «¡Que Dios nos libre de él!». El humor socrático-andaluz de Mairena-Machado brilla en estas dos paradojas. Pero lo interesante es que estas paradojas sobre la «existencia» y la «inexistencia» de Dios nos confirman que «los pecados más graves de la divinidad» eran, para Machado, los debidos al mal uso de su nombre por parte de los hombres. Frente a las tradicionales pruebas de la existencia de Dios, choca que Machado afirme lo «terrible» que

---

<sup>103</sup> Ver, con todo, por ejemplo, *PPC*, p. 1968-9; 2003; 2324; 2350-51, 53; 2388.

<sup>104</sup> JM I, i; *PPC*, 1913. Ver, más arriba: I. A. 2.



sería su existencia. ¿Qué quiso decir exactamente, y qué significa “existir” en este caso, aplicado a Dios? Lo «terrible» se hace patente al ver hasta qué punto el uso del nombre de Dios en vano, conforme a los intereses de unos contra otros, por parte de todos, supone *reducir* su existencia a ser un medio ideológico más de reforzar el poder. Por eso lo bueno sería la “no existencia” de Dios. Si Dios no existiese, nada podría justificarse de un modo absoluto, y la barbarie y la explotación menos aún. Pero, como parece imposible que el hombre no absolutice sus intereses y no utilice el nombre de Dios para sacralizar sus idolatrías, sólo nos queda desear, como Machado: «¡que Dios nos libre de él!», es decir, que un *Dios inexistente* nos libre de los Dioses existentes, que son «apócrifos» en el peor sentido.

Más arriba citamos una carta de Machado en la que éste decía a Unamuno que cualquier iglesia «espiritualmente huera, pero de organización formidable, sólo puede ceder al embate de un impulso realmente religioso» (105). Si entendemos «iglesia» en el sentido amplio en el que a veces empleamos «capilla», «parroquia», «secta» o «religión», queda claro que sólo una auténtica inquietud humana removerá la idolatría en la que se enroca cualquier ideología de dominación social. Los años 30 (tan convulsos en España como en el mundo) vieron expandirse las ideologías del padre estado, de la madre patria, de los hermanos de clase, así como el grado 0 de todas las ideologías: la del gran yo (o gran nosotros) sacralizado que lucha contra un tú (o un vosotros) demonizado con tal de encaramarse en la victoria o en el éxito que cree que lo hace inmortal. Según Machado, sólo una vida humana verdaderamente tal (o espiritual) puede desenmascarar y criticar la falsedad de las formas múltiples del absoluto ideológico que Pablo llamó los “señores del aire” o los “príncipes de este mundo” (106).

---

105 Ver Nota 15.

106 Ver: 1 Cor. 2, 6 y ss. Y el estudio: Heinrich SCHLIER, *Poderes y dominaciones*, Valencia, Edicep, 2008.

107 *PPC*, p. 2003.

También citamos más arriba otra sentencia suya («*Nada hay más temible que el celo sacerdotal de los incrédulos*»), cuya continuación es como sigue:

Dicho de otro modo: «Que Dios nos libre de los *dioses apócrifos*» en el sentido etimológico de la palabra: de los dioses ocultos, secretos, inconfesados. Porque éstos han sido siempre los más crueles, y, sobre todo, los más perversos; *ellos dictan los sacrificios que se ofrendan a los otros dioses*, a los dioses de culto oficial reconocido. <sup>(107)</sup>

Machado, en los años 30, había comprendido muy bien que, en la modernidad, el «celo sacerdotal de los incrédulos» suele pasar más desapercibido que el de los creyentes; entre otras cosas porque, en nuestro mundo secular, el culto de algún absoluto es multiforme e implícito (como lo es el culto al dinero en las liturgias económicas y bancarias). Por eso insistió Machado en que «todo es creer», tanto el sí como el no, y en que, por tanto, también cabe la idolatría no sólo en el sí sino también en el no; idolatría que, en un caso como en otro, no es un creer de fe sino un creer de superstición.

En toda cuestión metafísica, aunque se plantee en el estadio de la lógica, hay siempre un conflicto de lógicas encontradas. *Porque todo es creer, amigos, y tan creencia es el sí como el no*. Nada importante se refuta ni se demuestra, aunque se pase de creer lo uno a creer lo otro... <sup>(108)</sup>

### 5. Dios y el hombre “inexistentes”

Ahora bien, si lo propio del Dios que podemos entrever en una existencia propiamente humana es ser «inexistente», ¿no será también lo propio del hombre espiritual serlo (inexistente, queremos decir)? Así lo sugiere el hecho de que Sócrates y Jesús fuesen eliminados por cuestionar los dioses de su ciudad y de su pueblo. Sócrates, «amable conversador callejero», Jesús, «un hijo de *nadie*, en sentido judaico,

---

<sup>108</sup> JM I, XV, 2; PPC, p. 1965.

<sup>109</sup> Ver las referencias y lo que dijimos de ambos en: CD 25, 2013, p. 174.

<sup>110</sup> JM, I, ii; PPC, p. 1915. - JM I, vi; PPC, p. 1932 Ver: p. 1801, 1815, 2114, 2164.

una encarnación del espíritu...» (109). Sólo unas páginas después de la frase sobre «un Dios existente» Machado anota:

*Nunca, nada, nadie.* Tres palabras terribles; sobre todo la última. (*Nadie* es la personificación de la nada.) El hombre, sin embargo, se encara con ellas, y *acaba perdiéndoles el miedo...*

Sed modestos: yo os aconsejo la modestia, o, por mejor decir, yo os aconsejo un *orgullo modesto*, que es *lo español y lo cristiano*. Recordad el proverbio de Castilla: «nadie es más que nadie» (...) porque, por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre... (110)

La *insignificancia social* y vivir en el *espesor* de la “intrahistoria” (no en la superficie de la Historia) ayuda a imaginar y a pensar la “inexistencia”. Machado escribía a Unamuno en 1914:

Yo sigo en este poblachón moruno, sin esperanzas de salir de él, es decir, resignado, aunque no satisfecho. Para salir de aquí tendría que intrigar, gestionar, mendigar, cosa incompatible, no sé si con mi orgullo o con mi vanidad. En los concursos saltan por encima de mí, aun aquellos que son más jóvenes en el profesorado y no precisamente a causa de su juventud, sino por ser Doctores, Licenciados, ¡qué sé yo cuantas cosas!... *por lo visto, no soy nada oficialmente. Esto, en cierto modo, me consuela.* (111)

Pasar entre las redes de la Historia y vivir sólo en el olvido y el recuerdo de los seres para quienes es real la tradición en la que nos sentimos ser, ¿no se corresponde con tener por cátedra el mar y con no tener dónde reposar su cabeza? La figura ideal del hombre espiritual («ser lo que nunca he sido» y llegar a la difícil facilidad de una *inexistencia* digna de la «esencial heterogeneidad del ser» y de la unión de amistad con lo real) coincide con el ser «inexistente» del Dios de la vida espiritual. Un socratismo y un cristianismo sapienciales apuntan a esto. Por eso Légaut apreció la *insignificancia social* tanto como la «maravillosa *inseguridad*» de la fe.

111 En carta fechada en Baeza, el final de año de 1914. *PPC*, p. 1558.

112 *Crear en la iglesia del futuro*, Madrid, AML, 2012, p. 188.

113 *Op. cit.*, p. 150-151.

... la vía que lleva a una *vida oculta y enterrada*, que es y será *ignorada* de todos, aunque lo sea de un modo definitivo, es, secretamente, *la más fecunda* para el futuro, el cual, a través de todas las potencialidades escondidas en el presente, acaba por desbordarlo. (112)

La *vitalidad* del cristianismo se mide (...) por los múltiples grupos (...) que surgen, diversos en extremo, y por la discreción y la rapidez de su desaparición cuando conviene. (...) Esta *maravillosa inseguridad*, constante desafío para las prudencias y la sabiduría política, *se asemeja a aquella otra de la fe, a la que ninguna creencia puede hacer cierta como un conocimiento*. Esta sucesión, esta alternancia de nacimientos y de muertes, es la ineluctable consecuencia de la esencia [del discipulado]; son necesarias para asegurar la permanencia de un cristianismo fiel a su origen. (113)

Así como la fe es distinta de la creencia ideológica, así también la «inexistencia» es distinta de la «existencia» identitaria y belicosa.

... de diez cabezas, nueve / embisten y una piensa... (CXXXVI, xxiv)

Así pues, podemos aplicar al Dios de la vida espiritual la misma posibilidad que descubrió Machado: Dios también puede ser para nosotros «lo que nunca *ha* sido»:

... el Dios de la distancia y de la ausencia, / *del áncora en el mar, la plena mar...*  
/ Él nos libra del mundo –omnipresencia– / nos abre senda para caminar. /  
Con la copa de sombra bien colmada, / con este nunca lleno corazón, /  
honremos al Señor que hizo la Nada y ha esculpido en la fe nuestra razón.  
(CLXX)

¿Hacia dónde apunta este Dios que aún es «lo que nunca ha sido» para nosotros, y que es el «del áncora en la mar, la plena mar», el que

---

114 “Mi maestro amaba las viejas ciudades españolas, cuyas calles desiertas gustaba de recorrer a las altas horas de la noche, turbando el sosiego de los gatos, que huían espantados al verlo pasar. Sin embargo, era un hombre tan naturalmente sociable, que rara vez se encerraba en su casa sin haber conversado un rato con el viejo sereno de su barrio”. Así recuerda Juan de Mairena a Abel Martín. Pero bien podemos pensar nosotros que Machado escribía por experiencia propia (JM I, xlviii; *PPC*, p. 2110).

115 JM I, xdxiii; *PPC*, p. 2042-3.

«nos libra del mundo» y el que «nos abre senda para caminar»? Como inicio de respuesta, recordemos otro fragmento de Mairena:

Un comunismo ateo –decía mi maestro– será siempre un fenómeno social muy de superficie. El ateísmo es una posición esencialmente individualista: la del hombre que toma como tipo de evidencia *el de su propio existir*, con lo cual inaugura el reino de la nada más allá de las fronteras de su yo. Este hombre, o no cree en Dios o se cree Dios, que viene a ser lo mismo. *Tampoco este hombre cree en su prójimo, en la realidad absoluta de su vecino*. Para ambas cosas, carece de la visión o evidencia de lo otro, de una fuerte intuición de otredad, *sin la cual no se pasa del yo al tú*. Con profundo sentido, las religiones superiores nos dicen que es el *desmedido* amor de sí mismo lo que aparta al hombre de Dios. *Que le aparta de su prójimo va implícito en la misma afirmación*. Pero hay momentos históricos y vitales en que el hombre sólo cree en sí mismo, se atribuye la *aseidad*, el ser por sí; momentos en los cuales le es tan difícil afirmar la *existencia* de Dios como la *existencia*, en el sentido ontológico de la palabra, del sereno de su calle <sup>(114)</sup>. A este *self-man* propiamente dicho; a este hombre que no se casa con nadie, como decimos nosotros; a esta mónada autosuficiente, no le hable usted de comunión, ni de comunidad, ni aun de comunismo. Cuando le llegue (...) el inevitable San Martín al *solus ipse* porque *el hombre crea en su prójimo, el yo en el tú, y el ojo que ve en el ojo que le mira*, puede haber comunión y aun comunismo. Y, para entonces, estará Dios a la puerta. Dios aparece como objeto de comunión cordial que *hace posible* la fraterna comunidad humana... <sup>(115)</sup>

Subrayemos: «Dios (...) *hace posible* la fraterna comunidad humana». Machado no está lejos de Bofill cuando éste definía lo que “es” Dios, en relación con lo que vivimos los humanos (que es lo único que podemos conocer), y decía:

[Dios es] el *fundamento último* del acto intencional (cognoscitivo o volitivo) en virtud del cual un “inteligible en acto” *se sostiene* frente a *nuestro mirar atento*, el cual, sin el apoyo del “absolutamente necesario”, o sería simplemente subjetivo y pasional o acabaría socavado por el escepticismo. <sup>(116)</sup>

Como «fundamento último», Dios es afirmable (y quizá necesariamente) pero no por ello es «existente», en el sentido en el que usa

<sup>116</sup> Ver Nota 5. Jaime BOFILL, *Obra filosófica* (OF), Barcelona, Ariel, 1967, p. 185. Ver: Domingo MELERO, «La vida espiritual y tres imágenes suyas en Antonio Machado. Parte I», *CD 25*, 2013, p. 164.

este adjetivo Machado, antes al contrario. Después de tantos usos ideológicos del nombre de Dios, y después de lo que la ciencia nos ayuda a conocer de lo real así como de nuestros límites al conocerlo, ya no podemos considerar a Dios como un objeto o un ente más, exterior, en serie con el resto, que, por ejemplo, hable a Moisés (lo que se dice hablar) desde la zarza ardiendo, proponiéndole un proyecto colectivo. El Dios sensible al dolor de su pueblo sólo pudo ser interior a Moisés y fue además “su” Dios; no un Dios universal y de todos. Por eso debemos poner sordina al «comunismo» de Machado aunque sin ponérsela a lo nuclear que le surgió de dentro decir. La intuición que inspiró a los primeros cristianos (Jesús fue más que Moisés) tiene que ver con la comunión cordial, de hombre a hombre, que él les descubrió y que era más que lo que enseñaba la Ley que cohesionaba al pueblo; lo cual –cohesionar– no por ser lo no esencial pierde su razón de ser en tanto que indispensable.

Dos textos de Machado, demasiado largos para citarlos, pero que deberían leerse más de lo que se hace, explicarían muy bien la distinción que queremos indicar entre el plano social, que es indispensable, y el plano personal, que es el esencial. La distinción que podemos hacer entre el orden de la justicia (o social) y el de la creación (o personal), o entre el orden del oficio y el del genio, es parecida: es la distinción entre lo necesario en tanto que indispensable y lo necesario en tanto que esencial. Los dos textos aludidos son el «Prólogo a *Helénicas* de Manuel Hilario Ayuso» y «Lo que yo recuerdo de Pablo Iglesias» (117). Sólo citaré unas líneas del primero:

Nuestra simpatía hacia los que el vulgo llama locos es como nuestro amor hacia los niños: simpatía y amor *hacia lo nuevo* porque sólo una nueva conciencia, o una nueva forma de conciencia, puede añadir algo a nuestro universo. *Siempre que he visto a un hombre solo, o seguido de menguada hueste, luchar contra el medio en que vive, he sentido el orgullo de pertenecer a la especie humana.* (118)

---

117 PPC, p. 1547-1552 y 2478-2481.

118 PPC, 1548.

La locura (quijotesca, polarizada por un ideal imposible) es una forma de «inexistencia» (o de caminar sobre el mar) igual que la de los niños y que la del hombre de valor ante un mundo ya dato y fatalmente incambiable: «Siempre que he visto un hombre solo... luchar contra el medio en que vive...» Esta valentía de Ayuso admira y emociona a Machado porque tiene grandeza. Es la del loco o la del niño que ve y dice que el rey está desnudo. Ellos sin saber lo que les puede costar hacerlo; el valiente, lo sabe y lo hace con igual sencillez. Quizá no ocurre sino en contadas ocasiones pero, aunque pocos, siempre hay quienes caminan sobre las aguas, despiertos y atentos. La solidez de un semejante como Ayuso conforta la fe de Machado y lo lleva a no desesperar de pertenecer a la humanidad. Tal sería el efecto del hombre espiritual (o propiamente tal) en otro que también lo es; como Ayuso en Machado; que necesita (¿y quién no?) encuentros que fortalezcan su ánimo, su fe y su lucidez.

---

119 Ver *CD* 25, 2013, p. 157.

## AL TÉRMINO DE ESTE ESTUDIO

Nadie menos egocentrado que el hombre valiente que no ignora el riesgo. Nadie con más fortaleza que el vigía (o el centinela), quieto e inquieto a la vez. Nadie más despierto que quien, solitario, sin sombra y sin sueño, avanza, sin camino y sin espejo, sobre las «mesmas vivas aguas de la vida». Porque «... nunca imagen miente» y porque «no hay espejo» y «todo es fuente», estas tres imágenes del hombre en camino de ser él mismo no son sino símbolos, y casan bien con el «contento» del epitafio medieval citado al comienzo del estudio:

Vengo, mas no sé de dónde; / soy, mas no sé quién; / moriré, mas no sé cuándo; / camino, más no sé a dónde. / Me extraña estar contento. (119)

Es la paz del hombre «ligero de equipaje» que dice al despedirse:  
Y al cabo, *nada os debo; debéisme* cuanto he escrito... (XCVII).

Machado queda en paz y deja en paz, para luego poder añadir (como ya vimos):

*Con el incendio de un amor, prendido / al turbio sueño de esperanza y miedo, / yo voy hacia la mar, hacia el olvido (...)* No me llaméis, porque tornar no puedo. (CLXIV, xv, 3)

La augusta confianza / a ti, naturaleza, y *paz* te pido, / mi tregua de temor y de esperanza, / *un grano de alegría, un mar de olvido...* (CLXIX).

Pero el mar del *olvido* es y no es lo último en la vida, el amor y en relación con el tiempo que ya pasó:

Escribiré en tu abanico: / te quiero para olvidarte, / para quererte, te olvido.

Te abanicarás / con un madrigal que diga: / en amor, el olvido pone la sal. (CLXXIV, iii y iv)

Dos cosas importantes ha de saber el poeta: la primera, que el pasado no

---

120 PPC, p. 2330. Ver, sobre la actividad del recuerdo: Marcel LÉGAUT, *El hombre en busca de su humanidad*, Madrid, 2012, p. 92-100.

121 PPC, p. 1942.



es sólo imperfecto, como ya se ha dicho con sobradas razones, sino también *perfectible* a voluntad; la segunda, que *el olvido es una potencia activa, sin la cual no hay creación propiamente dicha*, como se explica, o pretende explicarse, en la metafísica de mi maestro Abel Martín. <sup>(120)</sup>

... Porque *sólo la creación apasionada triunfa del olvido* <sup>(121)</sup>.

Tal es, en el buen sentido, el dogma de Machado, es decir, su afirmación personal: toda tradición auténtica es fruto de un amor apasionado que vence el olvido. Así ocurrió en las primeras generaciones de discípulos y también en las siguientes. Y es también lo que gente como Machado hace con la tradición que recibe, por compleja que sea, incluidos los prejuicios y sentipensamientos que hay que examinar. También hacen así obra de tradición los lectores para los que la obra de un hombre como Machado es un remanso y un acicate que les da que pensar y que sentir cuando van más allá de lo que él mismo quiso decir pero conforme a su espíritu. Si a éstos les llegasen adentro las tres figuras del hombre en busca de su humanidad que hemos considerado, y comprendiesen el trabajo de apropiación que hizo el poeta, ello significaría que, a través de él, les llegaría el alma de una tradición (la nuestra), en cuyo cuerpo, urdido de gestos y de palabras sucesivos, confluye lo mejor y lo peor del viejo Israel; del primitivo cristianismo y del posterior; de la filosofía y la poesía griega, latina y posterior, así como de las otras creaciones recurrentes de nuestra cultura. Porque el amor a la tradición no es amor a la rutina o a la conservación sino a la repetición verdadera de lo apócrifo y creativo, como precisó el propio Mairena:

Mas no por eso he de aconsejaros el amor a la rutina, ni siquiera el respeto a la tradición estricta. Al contrario; *no hay originalidad posible sin un poco de rebeldía contra el pasado*. Ciertamente que lo pasado es, como tal pasado, inmodificable; quiero decir que, si he nacido en viernes, ya es imposible de toda imposibilidad que haya venido al mundo en cualquier otro día de la semana. Pero esto es una verdad estéril de pura lógica, aunque nos sirva para hombearnos con los dioses, los cuales fracasarían como nosotros si intentasen cambiar la fecha de nuestro natalicio. ¿Algo más? Que siempre es

---

<sup>122</sup> PPC, p. 2018-2019.

interesante *averiguar lo que fue*. Conformes. Mas, para nosotros, *lo pasado es lo que vive en la memoria de alguien, y, en cuanto actúa en una conciencia, es, por ende, algo incorporado a un presente y en constante función de porvenir*. Visto así –y no es ningún absurdo que así lo veamos– *lo pasado es materia de infinita plasticidad*, apta para recibir las más variadas formas. Por eso yo no me limito a disuadirlos de un *snobismo de papanatas* que aguarda la novedad caída del cielo, la cual sería de una *abrumadora vejez cósmica*, sino que *os aconsejo una incursión en vuestro pasado vivo, que por sí mismo se modifica, y que debéis, con plena conciencia, corregir, aumentar, depurar, someter a nueva estructura, hasta convertirlo en una verdadera creación vuestra*. A este pasado llamo yo *apócrifo* para distinguirlo del otro, del pasado irreparable que investiga la historia y que sería el auténtico: el pasado que pasó o pasado propiamente dicho. Mas si vosotros pensáis que un apócrifo que se declara deja de ser tal, puesto que nada oculta, para convertirse en puro juego o mera ficción, llamadle ficticio, fantástico, hipotético, como queráis; no hemos de discutir por palabras. Lo importante es que entendáis lo que yo quiero decirlos. <sup>(122)</sup>

Al hablar de un pasado «apócrifo», puede que Machado pensase en los Evangelios que, como se sabe, se dividen en canónicos y en apócrifos. Él mismo se desdobló: fue un poeta canónico y fue otros apócrifos, con los que levantó su propia tradición. De hecho, los párrafos que siguen al que acabamos de citar se preguntan sobre el Sócrates verdadero, distinto del histórico (o el del «pasado pasado»), y que fue el que inspiró el *de Jenofonte* y el *de Platón*, pero sin coincidir con ninguno de ellos aun siendo su fuente ignota.

Pues bien, con esta forma suya de animarnos a recrear el pasado terminamos nuestro ensayo sobre tres imágenes del hombre realmente tal (o espiritual) en Machado. Pero antes anotemos una última cosa. En esto del *olvido* y del *recuerdo*, como en tantas cosas, la obra de Machado, por sus imágenes y sus ideas, repetidas y sugeridas de múltiples maneras a lolargo de sus páginas, es como la *mariposa* que el poeta creyó ver *salir* un día de una tumba y cuyas alas comparó a

---

<sup>123</sup> Juan Ramón JIMÉNEZ, *Espanoles de tres mundos. Viejo mundo, nuevo mundo, otro mundo. Caricatura lírica, 1914-1940*. Madrid, Aguilar, 1969, p. 325.

<sup>124</sup> «Rocafort, marzo de 1938». *PPC*, p. 826.

«*un abanico de milagros en la mano creadora del olvido*». Ellos, los milagros –como caminar sobre las aguas o como ser lo que nunca he sido– son la puerta de la comprensión de lo propiamente humano. La mariposa, símbolo antiguo de la vida que vence a la muerte, simboliza también una tradición viva, que incluye el perdón y que renueva el pasado. Tras la muerte *hay* un «*olvido en flor*»: es «*la mano creadora del olvido*»; una memoria última y eterna que todo lo recoge y que estuvo en acto en nuestro poeta.

Abre el rosal de la carroña horrible / su *olvido* en flor, y *extraña mariposa*, / jalde y carmín, *de vuelo imprevisible*, / salir se ve del fondo de una fosa (...) / sobre los rubios agros / que el sol de mayo hechiza, / se ha abierto *un abanico de milagros* / –el ángel del poema lo ha querido– / *en la mano creadora del olvido*... (CLXXIV, viii)

Debió de ser por este vigor, de fuente y de origen, por lo que Juan Ramón Jiménez dirigió a Machado un elogio que bien podemos suscribir, agradecidos, al terminar este estudio:

Toda nuestra vida suele consistir en temer a la muerte y alejarla de nosotros, o mejor, alejarnos nosotros de ella. Antonio Machado la comprendía en sí, se cedía a ella en gran parte. *Acaso él fue, más que un nacido, un resucitado*... (123)

Este vigor de fuente, por poner un último ejemplo, llevó a Machado a dedicar «a otro Conde D. Julián», versos como los que, en plena guerra, tuvo el valor de poner en boca de la patria (o de la tradición traicionada); versos que de nuevo indican hasta qué punto llevaba el poeta dentro la figura de Jesús (en este caso, el perdón de Judas, figura del reprobado, por parte de Jesús):

¿A dónde irá el felón con su falsía? / ¿En qué rincón se esconderá, sombrío? / *Ten piedad del traidor*. Paríle un día, / se engendró en el amor, es hijo mío. / Hijo tuyo es también, Dios de bondades. / Cúrale con amargas soledades. / Haz que su infamia su castigo sea. / Que trepe a un alto pino en la alta cima, / y en él ahorcado, que su crimen vea, / *y el horror de su crimen lo redima*. (124)